RELATOS DE UN CAZADOR
Ivan Turguenev




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# I

## JERMOLAI Y LA MOLINERA

Una tarde salimos, Jermolai y yo, para cazar en "tiaga". Ignora el lector, probablemente, la significación de este término, que le voy a explicar en pocas palabras.

Un cuarto de hora antes de ponerse el sol, durante la primavera, se penetra en el bosque, sin el perro, el fusil a la espalda. Después de andar algún tiempo, el cazador se detiene junto a un claro, observa lo que alrededor ocurre y carga el arma. Rápidamente el sol declina; pero mientras dura su retiro triunfal, deja una claridad tal al bosque, los pájaros trinan con ganas y la atmósfera translúcida hace brillar la lozana hierba con nuevos reflejos de esmeralda.

Hay que aguardar... El día concluye. Grandes resplandores rojizos, que poco antes iluminaban el horizonte, vienen blandamente a tocar ahora los troncos de los árboles; luego suben, abarcan con sus fuegos el ramaje, los brotes vivaces, y al fin sólo alcanzan la extremidad de las copas y envuelven con vago velo de púrpura las últimas hojas.

Pero en seguida todo cambia, toma el cielo un color celeste pálido y matices de azul reemplazan lo rojizo en el poniente. Se impregna con el perfume de los bosques el aire más fresco, y algún aroma tibio, acariciador, sale de entre las ramas.

Después de un último canto, los pájaros se duermen, pero no todos a la vez, sino por especies: primero los pisones, después las currucas, luego otros y otros. En el bosque aumenta la oscuridad. Ya la forma de los árboles os parece indistinta y confusa.

Y en la bóveda azulada se ven apuntar sutiles chispitas; tímidamente se muestran así las estrellas.

Ahora, casi todos los pájaros están dormidos.

Los petirrojos y las picacitas silban aún, pero bien pronto enmudecen. Se ha oído el grito melancólico de la oropéndola. A cierta distancia, el ruiseñor lanza su primera nota. Ya la impaciencia os devora. De pronto, hay algo que sólo podrá comprender un cazador: interrumpe el silencio un ruido particular, dos alas que se agitan ásperamente y el “valdchnep", inclinando con gracia su largo cuello, sale, se destaca sobre el follaje oscuro de un abedul y endereza justo hacia el cañón de vuestra escopeta. Esto es lo que se llama cazar en "tiaga".

Me había puesto en camino, pues, acompañado de Jermolai. Pero debo presentaros también a este personaje.

Grande y flaco, Jermolai es un hombre muy fuerte y sólo tiene cuarenta y cinco años. Su frente chica se anda muy bien con su nariz escasa; los ojos agrisados y en la boca un gestito de burla, no anuncian bondad.

En cualquier estación del año lleva un caftán de nankín amarillento, cortado a la alemana, ceñido al talle con una especie de cinturón llamado "kuchak". Casi siempre anda con una gorra de terciopelo, regalo que le hizo un propietario en algún momento de buen humor. De su cintura cuelgan dos bolsas: una delante, dividida en dos partes, para el plomo y la pólvora; la otra atrás, para la caza. En cuanto a los tacos, Jermolai los lleva en el profundo doblez de su gorra.

Con el dinero que gana vendiendo la caza, hubiera podido comprarse una caja para la pólvora y un morral. Pero semejantes ideas de lujo no le pasaron nunca por la cabeza, y su destreza, al cargar la escopeta, siempre es motivo de admiración para los espectadores.

Su escopeta es de un tiro y da tan fuerte culatada, que el pobre hombre tiene en la mejilla derecha una hinchazón. Ningún otro cazador, con tal arma, hubiese conseguido una sola pieza. Pero Jermolai muy rara vez ha errado un tiro.

Tenía un perro que respondía al nombre de Valetka; maravillosa criatura a la que su dueño nunca daba de comer.

—¡Yo alimentar un perro! —decía—. ¡Qué disparate! El perro es un animal inteligente; muy bien que sabe hallar lo que necesita.

Y a la verdad, aunque Valetka era algo flaco, cazó y vivió mucho tiempo. Nunca procuró perderse ni se le ocurrió abandonar a su dueño.

Solamente una vez, cuando era joven y estaba con la efervescencia de las pasiones, desapareció durante dos días. Pero repito que le ocurrió eso en una sola ocasión.

A Valetka le caracterizaba una completa indiferencia por las cosas de este mundo; si no se tratase de un animal, yo diría que estaba hastiado.

Este pobre perro era abominablemente feo.

Sentado, por lo general, en sus dos patas traseras, la cola recogida, parecía siempre enfurruñado; jamás una sonrisa le aclaraba la cara sumida.

Era la gran distracción de los sirvientes, cuyas observaciones descorteses, sin embargo, y cuyas chocarrerías no prevalecían contra su filosofía y su indiferencia.

Con quienes tenía que vérselas y arreglar cuentas era con los pinches de cocina. Le ocurría allegarse a las ollas para aspirar la atmósfera caliente y perfumada, y entonces era la persecución a muerte del pobre perro, que escapaba a todo lo que daban sus patas.

Durante una cacería era infatigable y husmeaba bastante bien. Pero si tenía la suerte de atrapar a la carrera una liebre herida, allí la devoraba hasta el último huesecillo, sin dejar nada.

Pobre de él, entonces, si Jermolai lo sorprendía; le caían una lluvia de palos y una avalancha de injurias en todos los dialectos conocidos y desconocidos.

Jermolai pertenecía a un gentilhombre de la antigua nobleza.

En estas grandes casas, generalmente no se prefiere la caza a las aves de corral. Sólo en grandes ocasiones, aniversarios, casamientos, elecciones de magistrados, se ve a los cocineros aderezar becacinas y otros volátiles de largo pico.

Obedeciendo a la agitación que se apodera de un ruso cuando arrostra circunstancias excepcionales, los cocineros inventan salsas y condimentos tan extraordinarios, que el convidado a un banquete aparatoso vacila un buen rato antes de resolver cómo ha de llevar a la boca tal o cual manjar que le presentan.

Nuestro cazador estaba obligado a suministrar, para la mesa señorial, dos gallos silvestres y dos perdices por mes; cumplido este tributo, iba a donde le daba la gana y vivía a su antojo.

Eso sí, su amo no se preocupaba de proveerlo de pólvora, y sin duda, según el mismo principio, Jermolai dejaba sin alimento a su perro.

Jermolai era un original auténtico; nada le preocupaba y se dejaba vivir en una indiferencia absoluta.

Distraído, bastante expansivo, no le gustaba quedarse mucho tiempo en el mismo sitio, sino que, a pesar de su andar pesado y lento, caminaba de cincuenta a sesenta "verstas" por día.

Su existencia era un tejido de aventuras y peripecias de todo orden. Le sucedía el caso de pasar la noche en un pantano o bajo un puente; bromistas perversos lo encerraban en un sótano o en una cochera o le tomaban en rehenes su perro y sus más indispensables prendas de vestir.

Pero nada tenía la virtud de conmoverlo, y al otro día se le veía aparecer convenientemente vestido y detrás le seguía Valetka.

Malhumorado, por lo común, sólo desbordaba alegría cuando en la taberna se encontraba con algún buen compinche.

No siempre, en tal caso, la charla duraba mucho, porque Jermolai acostumbraba a levantarse y dejar a su compañero sin mayor ceremonia.

—¿Adónde diablos vas a ir? La noche está negra.

—Voy a Chaplino.

—¿Y qué necesidad tienes de arrastrarte hasta Chaplino, que está a diez "verstas" largas de aquí?

—Voy a dormir en casa del campesino Safrono.

—Mejor es que te quedes a pasar la noche aquí.

—No, dormiré en Chaplino.

Y se va caminando en la oscuridad a través del bosque y los pantanos. Llega, encuentra al campesino Safrono mal dispuesto a recibirlo y hasta pronto a darle de bastonazos.

— ¡Te voy a enseñar —dice el dueño de la granja— a despertar a la buena gente! ¡Incomodar a estas horas!

Con todos sus defectos, Jermolai tiene ciertas condiciones raras: es imposible que nadie sea más hábil en la pesca.

Es incomparable su destreza cuando se pone a pescar en aguas corrientes, como su talento para agarrar cangrejos con la mano o las codornices con trampa. Atrapa los ruiseñores imitando sus cantos y gorjeos. Una sola cosa no puede hacer: educar un perro. Porque eso requiere paciencia y Jermolai no la tendrá nunca.

Este singular personaje estaba casado. Todas las semanas se iba a pasar un día en la choza donde vivía su mujer. Allí vegetaba la pobre criatura desde hacía años; su marido jamás le llevaba una sola moneda. Y, por cierto, ella aceptaba con alegría cualquier trabajo que se le quisiera dar.

Perezoso, despreocupado, Jermolai se portaba con su mujer de la manera más grosera y ruda que pueda imaginarse. Temblaba la infeliz como una hoja bajo su mirada; para complacerle, corría a entregar el último kopek por aguardiente, y cuando, tendido con indolencia junto a la estufa, se dormía, lo tapaba con su manto.

He observado en él, con frecuencia, indicios de gran crueldad. No me gusta nada la expresión de su cara cuando despena con una dentellada algún pájaro herido. Hasta el último de los lacayos se creía muy superior a este vagabundo y lo trataba con desdeñosa indiferencia, a fin de que resaltase su pretendida superioridad. Sin embargo, los campesinos que lo habían perseguido y corrido como una liebre, terminaron por acostumbrarse a las maneras de este Nemrod salvaje y compartían con él su frugal desayuno.

Tal era el compañero que yo escogí para cazar en el bosque de abedules que se extiende sobre la ribera del Ista.

Numerosos ríos de Rusia tienen, como el Volga, una costa escarpada y la otra a flor de agua. Tal es el Ista, que serpentea graciosamente en medio de la llanura; apenas habrá, en todo su curso, quinientos metros de línea recta. Desde alguna loma pueden distinguirse perfectamente los estanques alimentados por sus aguas, los diques de sus bordes, los vergeles que salpica su curso, los gansos que se recrean a sus orillas.

El Ista es muy rico en peces. Durante los grandes calores los campesinos buscan su ribera para conducir los mulos bajo la fresca sombra del arbolado. A lo largo de los ribazos pedregosos, que dejan escapar agua de manantial, fría y limpia, revolotean y silban zorzales y chorlitos; bandadas de patos se deslizan en la corriente; grullas y garzas reales aparecen inmóviles en lo más lejano de las ensenadas...

Al cabo de una hora habíamos matado dos becacinas; decidimos terminar nuestra "tiaga" a la mañana siguiente, después de dormir en el molino.

Las aguas del Ista tenían ahora un tinte azul sombrío, la atmósfera parecía agravada por los vapores que se movían sobre el río.

Minutos después golpeábamos la puerta del molino.
—¿Quién es? —gritó una voz ronca, de persona mal despierta.
—Cazadores que quieren pasar la noche; abrid, pagaremos.
—Voy a dar aviso al dueño de casa —respondió el muchacho.
Se alejó refunfuñando palabras muy poco amables.
—El amo no quiere —declaró.
—Pero ¿por qué?
—Porque desconfía. Ustedes son cazadores y podrían hacer que el molino se incendiase. ¡Caramba! Las escopetas, la pólvora...
— ¡Qué ridícula idea!
—El año pasado unos mercaderes de pescado pasaron aquí la noche y no se sabe cómo se produjo un incendio y ardió todo.
—Pero no podemos quedarnos a dormir al raso.
—Hagan ustedes lo que quieran.
Y se marchó ruidosamente, sin duda con objeto de no escuchar las amables maldiciones que le echaba Jermolai.
—Vamos a la aldea —propuso mi compañero—. Aunque hasta allá hay dos kilómetros.
—No —repliqué—, hemos de quedarnos, y por poco dinero nos darán algunos manojos de paja.
Aprobó Jermolai y volvimos a golpear la puerta.
—¿Qué queréis, pues? —gritó el muchacho con irritación—. ¡Ya se os ha dicho que no!
Le explicamos nuestro deseo. Fue a consultar con su amo y al rato se abrió la casa y salió el molinero.
Era hombre de estatura alta, cara espesa y gorda, vientre ancho y rollizo. Accedió a mi petición.
Cerca del molino había un cobertizo abierto a los cuatro vientos. Se nos trajo paja y heno, el muchacho colocó el samovar sobre la hierba de la orilla y en cuclillas sopló en el improvisado fogón; prendió el fuego en los carbones y las llamas iluminaron su rostro y figura juveniles.
El molinero me propuso al fin que durmiéramos bajo su techo. Rehusé, porque preferí quedarme al aire libre. Fue a despertar a su mujer y a los pocos minutos vino con leche, huevos, pan, y, además, té.
Vapores espesos se levantaban del río. Oíase, distante, el grito rápido de la polla de agua, y hacia las ruedas del molino un ruidillo alternado, isócrono, producido por el goteo de la esclusa. Hicimos fuego de vivac, y mientras Jermolai cocía algunas patatas, yo me dormí. Me despertó bien pronto el rumor de una conversación cerca de mí. Levanté la cabeza: junto al fuego la molinera charlaba con mi cazador.
Pude advertir, por los giros de su lenguaje y por la pronunciación, que no pertenecía ni a la clase de loe campesinos ni a la de los burgueses. Era,
indudablemente, una "dvorovi" . La observé con atención. Parecía de unos treinta años. Su semblante pálido y enflaquecido conservaba aún los vestigios de una gran belleza. Me gustaban sobre todo sus ojos de mirada triste y llena de melancolía. Sentado junto a ella, Jermolai se ocupaba en echar virutas a las brasas.
—Hay todavía peste en Jelsoukhino —dijo la molinera—. Las dos vacas del padre Iván se han muerto. ¡Que Dios nos ampare!
—Y a propósito, ¿cómo andan vuestros puercos? —preguntó Jermolai.
—Bien.
—Deberías regalarme por lo menos un lechón. Nada respondió la molinera. Luego de un minuto la molinera le preguntó:
—¿Con quién has venido aquí?

—Con el señor de Kostamarova.
Echó Jermolai al fuego algunas ramas secas y con el chisporroteo un humo espeso le dio en la cara.
—¿Por qué tu marido no quiso dejarnos entrar en su casa?
—Tiene miedo.
—Vean eso, maldito panzón..., tiene miedo... Querida Arina, anda y tráeme algunas gotas de aguardiente.
Se levantó la molinera y desapareció en la sombra. Jermolai canturreó:

*De tanto ir a cazar*
*gasté la bota y la suela.*

Arina Tirmofeiovna volvió con una jarra y un vaso.
Se persignó el cazador y bebió de un trago.
—Esto me gusta —dijo con placer.
La molinera fue a sentarse en el mismo sitio de antes.
—¿Qué te pasa? —le preguntó Jermolai—. Tienes mal aspecto.
—La tos me rompe; hace noches que no puedo cerrar los ojos.
—Bueno, no se te ocurra consultar a los médicos.
Si no te encuentras bien es mejor que vengas a verme.
—Cuidado, Jermolai; despertad a vuestro amo, las patatas están cocidas.
—Que duerma en paz —dijo él con tono burlón-; está muerto de cansancio, que duerma.
Me incorporé sobre el heno, con la mayor tranquilidad. Jermolai se aproximó y me dijo suavemente:
—Amo, las patatas están cocidas, ¿queréis levantaros y comer?
Salí del cobertizo.
Quiso Arina alejarse, pero la interpelé con viveza:
—¿Hace mucho tiempo que tenéis alquilado este molino?
—El día de la Trinidad serán dos años.
—¿De dónde es tu marido? No me respondió.
—Tu marido, ¿de dónde es?
—De Beleva: burgués de esa ciudad.
—¿Y tú?
—Yo pertenecía a un señor.
—¿A quién?
—Al señor Zverkof. Ahora soy libre.
—Ese Zverkof, ¿no es Alejandro Silich?
—Justamente, yo era "dvorovi" de su mujer. Miré con curiosidad a Arina. —Conozco al que era tu amo.
—¡Ah! —repuso a media voz y bajando la cabeza.
Esta mujer me inspiraba mucha compasión. Por lo siguiente. Me relacioné con el señor Zverkof mientras estaba en Petersburgo. Ocupaba un cargo bastante alto y generalmente se le tenía por hombre instruido y discreto.
Estaba casado con una mujer espesa, hinchada, malhumorada y llorona, cuyo trato se dulcificaba solamente para hablar a su hijo, niño mimado e insoportable.
Lo físico del señor Zverkof prevenía muy poco a su favor. Figura larga y casi cuadrada, nariz también larga, que terminaba en gruesas fosas nasales, cabellos grises formando cepillo sobre una frente llena de arrugas. Sus labios delgados se agitaban de continuo con un movimiento convulsivo. Y acababan de hacer antipático su aspecto la baja estatura y el feo modo de caminar.

No recuerdo la ocasión en que me hallaba con él, un día, viajando en coche. A guisa de hombre serio, me dio toda clase de buenos consejos.

—Permítame usted, señor, comunicarle una observación. La nueva generación habla de todo y no sabe de nada. Usted no conoce su país, porque emplea usted el tiempo en leer libros extranjeros. Por eso hace usted una sarta de razonamientos con respecto a esto y aquello; quiero decir que con respecto a sirvientes siervos habla usted de ellos sin conocerlos.

Se interrumpió en esto el señor Zverkof, se sonó las narices con energía y tomó rapé.

—Sobre dicho asunto —continuó—, voy a contarle una anécdota que quizá le interese. Mi mujer, según sabe usted, trata a sus camareras con una bondad incomparable. Lo único que no acepta es que sean casadas. Está eso en sus principios. Y tiene razón. Convendrá usted conmigo en que una camarera no puede servir debidamente a su ama si necesita ocuparse de sus niños, y de esto, y de aquello. Vea usted lo que sucedió. Atravesábamos un día una de nuestras aldeas mi mujer y yo, cuando nos llamó la atención la hija del "starosta" . Era bonita y hasta de fisonomía que prevenía a su favor. "Coco —dijo mi mujer—, quisiera llevarme esta chiquilla a San Petersburgo para hacer de ella mi camarera." "Con muchísimo gusto, querida" —la respondí.

Todo se arregló a satisfacción; el "starosta" se deshizo en agradecimientos, la muchachita lloró algo. Usted sabe, en las aldeas la gente es tan tonta...; nos la llevamos.

Era muy lista, y a eso añadía una suma vivacidad. Ya instruida en el servicio, pronto fue la preferida entre las camareras de mi mujer.

Se la recompensó con confiarle el guardarropa, los encajes, las joyas: favores extraordinarios, en fin.

En tales condiciones, señor, sirvió Arina a la señora de Zverkof durante diez años.

Pero imagínese usted que un buen día veo entrar a la hija del "starosta" en mi escritorio sin pedir permiso.

Llega hasta mí y se me echa a los pies, manera ésta que yo no soporto, pues no admito que un ser humano falte a su dignidad. "¿Qué quieres?", le pregunté. "Padre mío, Alejandro Silich, vengo a suplicaros una gracia." "¿Qué gracia?" "Quisiera casarme." Confieso que me asombré. "Pero tú sabes, tontuela, que tu ama no tiene otra camarera que tú." "Seguiré sirviéndola como siempre." "Sabes muy bien que no aceptamos camareras casadas." "Melania puede reemplazarme." "Nada de razonamientos."

¿Qué quiere usted? Yo soy de manera que la ingratitud me pone fuera de mí, y especialmente con relación a mi mujer, verdadero ángel de bondad. Tendría consideraciones para con ella el peor de los malvados. Eché de mi presencia a la camarera y supuse que pasado algún tiempo abandonaría sus ridículos proyectos de matrimonio. Transcurrieron seis meses y la muchacha vuelve a formularme el mismo ruego. Se las dije como lo merecía. Pero me sorprendieron, luego de un tiempo, al decirme que seguía con las mismas disposiciones... Era demasiado, la despedimos.

Queda así explicado por qué la molinera, es decir, Arina, me interesaba tanto.

—¿Hace mucho tiempo que te casaste con el molinero?

— Dos años.

—¿Tu amo te lo permitió, al fin?

—Me rescataron.

—¿Quién?

—Saveli Alexevich.

—¿Quién es?

—Mi marido.

—Tal vez mi amo os habló de mí.

No sabía qué responderle, cuando laa fuerte voz

del molinero gritó: "¡Arina! ¡Arina!" Ella corrió.

—Y su marido, ¿es bueno con ella? —pregunté a Jermolai.

—Bastante bueno. —¿Tienen hijos?

—Tuvieron uno, que se murió.

—Debió de gustarle mucho, pues, al molinero, para que se decidiese a rescatarla.

—No sé; lo cierto es que ella sabe leer y escribir, lo cual es muy útil en su oficio.

—¿Hace tiempo que la conoces?

—Sí, yo vendía caza a sus amos, cuando vivía el lacayo Petrucka... ¡Qué triste, esta pobre mujer no tiene salud!

Después de un silencio, Jermolai prosiguió:

—¡Qué buena "tiaga" habrá de aquí a cinco o seis horas! Nos convendría dormir algo.

Una bandada de patos silvestres pasó cerca de nosotros, y los oímos caer sobre el río a treinta pasos del molino.

La noche era oscura y fría.

En el bosque el ruiseñor desgranaba el tesoro maravilloso de sus melodías.

Nos arropamos con el heno, y al rato estábamos en un sueño profundo.

## II

## BIROUK

Regresaba de cazar, solo, en drochka. Para llegar a mi casa faltaban aún ocho verstas. Mi buena yegua recorría con paso igual y rápido el camino polvoriento, aguzaba las orejas y de vez en cuando soltaba un relincho en seguida sofocado.

Mi perro nos seguía a medio paso de las ruedas traseras. En el aire se olía la tormenta.

Lentamente, frente a mí, se levantaba una nube violácea, por encima del bosque; vapores grises corrían a mi encuentro, las hojas de los sauces se removían susurrantes.

El calor, hasta entonces sofocante, dejó paso a una frescura húmeda, penetrante.

Espoleé a la yegua, descendí al barranco, atravesé el lecho desecado, cubierto de espinos, y al cabo de algunos minutos me interné en el bosque.

El camino serpenteaba entre masas de nogales y avellanos; reinaba profunda oscuridad, y yo avanzaba al azar.

Mi pequeño vehículo chocaba contra las raíces nudosas de tilos y encinas centenarias, o bien se hundía en las huellas dejadas por otros carros.

La yegua empezó a sentir miedo.

Un viento impetuoso vino a penetrar en el bosque, ruidosamente, y sobre las hojas caían gruesas gotas de agua. Un relámpago cruzó el firmamento y le siguió el estampido de un trueno.

La lluvia se convirtió en un verdadero torrente, que me obligó a reducir la marcha; mi yegua se embarraba; yo no veía a dos pasos de mí.

Me guarecí en el follaje.

Acurrucado, tapada la cara, me armé de paciencia para aguardar el fin de la tormenta.

Al resplandor de un relámpago, distinguí a un hombre en el camino. Venía hacia donde yo me hallaba.

—¿Quién eres? —me preguntó con voz atronadora.

—¿Y tú?

—Soy el guardabosque.

Y cuando me hube identificado:

—¡Ah!, ya sé, ibas a tu casa —dijo.

—¿Oyes la tormenta?

—Es tremenda —respondió la voz.

En ese momento, el destello de un relámpago iluminó a mi interlocutor, y pude verlo claramente. Al repentino resplandor siguió un trueno y arreció la lluvia.

—Hay para rato —dijo el guardabosque.

—¿Qué se puede hacer?

—¿Quieres que te lleve a mi isba?

—Con mucho gusto.

—Sube, pues, a tu drochka.

El guardabosque tomó mi yegua por la brida y sacó el vehículo de la huella pantanosa donde nos habíamos detenido.

Me agarré al almohadón del vehículo, que se balanceaba como un barco en un mar tempestuoso.

La yegua resbalaba y a cada momento estaba a punto de caer... La espoleaba Birouk pegándole con el látigo, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Avanzaba en la sombra, como un espectro, y una vez atravesado el bosque nos detuvo junto a su choza.

—Es aquí, mi amo.

Miré. A la luz de los relámpagos alcancé a ver una pequeña isba en medio de un recinto de césped.

Después de atar el animal a la reja, el guardabosque fue a llamar a la puerta. Por una de las estrechas ventanas se filtraba un débil hilo de luz.

—¡Ya! —gritó una voz infantil, apenas hubo llamado el hombre.

Escuché unos pasitos precipitados de pies descalzos. Movieron el picaporte y una chiquilla de doce años abrió la puerta.

—Alumbra al amo —dijo Birouk—, mientras llevo el coche al cobertizo.

La niña levantó los ojos y me hizo señas de que la siguiera.

Constaba la cabaña del guarda de una sola habitación baja, llena de humo y sin ningún tabique. Del muro colgaba una vieja manta desgarrada. Sobre un taburete había un fusil y dos líos de trapos. Una claridad vacilante alumbraba triste y miserablemente la habitación.

En medio de la estancia, una cuna se hallaba sujeta mediante una larga percha. Tras apagar la linterna, la niña se sentó en un taburete y se puso a mover la cunita con suave balanceo.

Observé este cuadro con el corazón oprimido. Solamente la ansiosa respiración de la criatura adormecida turbaba el silencio sepulcral.

—¿Estás sola? —pregunté a la chiquilla.

—Sola —me respondió, temerosa.

—¿Eres la hija del guardabosque?

—Sí —dijo balbuceando.

Se abrió la puerta y Birouk entró.

Al ver la linterna en el suelo frotó una cerilla y encendió una vela que había sobre la mesa.

Rara vez había tenido ocasión de ver a un tipo tan fuerte. Grande, poderoso de espaldas y de pecho, y bien plantado de talle. Sus vigorosos músculos resaltaban bajo la remendada camisa. Una negra barba le cubría masculino y duro el mentón, cejas tupidas sombreaban sus negros ojos, de mirada viva. Se plantó frente a mí, las manos en la cintura.

Agradecí su ayuda y le pregunté su nombre.

—Foma —dijo—, y Birouk, por sobrenombre.

Lo examiné con atención. Muchas veces Jermolai y los paisanos me habían hablado de este guardabosque; le temían como al rayo, a causa de la eficaz diligencia que ponía en sus funciones.

Con él, era imposible robar ni un pequeño haz de leña. Hiciera el tiempo que hiciera, siempre estaba al acecho, dispuesto a caer sobre el merodeador. Con frecuencia le habían tendido emboscadas. Pero él siempre se había alzado con la victoria.

—¡Ah! —dije después de recordar—, ¡Eres Birouk! He oído decir que eres implacable.

—Sencillamente cumplo con mi deber —repuso bruscamente—. Debo ganarme honradamente el pan que me da mi amo.

—Así, pues, ¿no tienes mujer?

—No —dijo tristemente—, mi pobre amiga ha muerto; pronto hará tres meses que nos dejó.

—¡Pobres niños! —murmuré.

Pero él ya había desechado sus dolorosos pensamientos y salió, dando un portazo.

Examiné la isba, que me pareció aún más triste. Un olor acre de humo se me metía en la garganta. La chiquilla, sin moverse del taburete, seguía balanceando la mísera cuna.

—¿Cómo te llamas?

—Aulita —respondió débilmente.

—La tormenta remite —dijo entrando el guardabosque—. Si el amo lo dispone, yo lo conduciré a la linde del bosque.

Me dispuse a partir.

Pero Birouk tomó su fusil y examinó la batería.
—¿Y para qué esa arma?
—Ahí, en el barranco de Kabouyl, apostaría a que están cortando leña.
—No podrías oírlo desde aquí.

—De aquí no, pero sí desde el patio.
Partimos. Ya no llovía. En el horizonte se prolongaba una espesa cortina de nubes, que era surcada por relámpagos. Sobre nosotros, el cielo tenía un sombrío color azul, y las coquetas estrellas procuraban atravesar con su brillo las húmedas nubes.
Respiré con placer el olor penetrante del bosque mojado, y escuché el ruido ligero de las gotas que caían de las hojas.
Birouk me sacó del ensueño.
—Allí es —dijo, señalando hacia el oeste.
Yo nada oía, sino el dulce susurro de la brisa al pasar y de las hojas al caer.
—Ya les daré— dijo mientras me traía el coche.
—Dejemos aquí mi drochka. Permíteme que vaya contigo al barranco.
—Bien, mi amo. A la vuelta te acompañaré.
Fuimos.
El guardabosque iba delante, yo lo seguía dificultosamente a través de los matorrales y de la crecida maleza. De trecho en trecho se detenía para decirme: «¿Oyes los hachazos?» Pero a mis oídos no llegaba ruido alguno.
Minutos más tarde ya estábamos en el barranco; amainó el viento, y alcancé a oír nítidamente los hachazos.
Seguimos nuestro camino atravesando por entre la maleza; el musgo, rebosante de agua, cedía bajo nuestros pies como una esponja cuando la aprietan.
Me llegó al oído el rumor de algo que se quiebra, sorda y prolongadamente.
—Se acabó —rezongó Birouk—, lo cortaron.
Ya menos oscuro el cielo, nos hallábamos en la extremidad del barranco.
—Quédate aquí —me dijo el guardabosque. Con paso furioso se agachó, manteniendo en alto el fusil, y se arrastró entre los matorrales.
Yo escuchaba con atención. Se oían unos golpecitos rápidos, el hacha que desbroza de ramas el árbol caído. Después, el ruido rechinante de las ruedas de un carro. Asomó el caballo.
—¡Alto ahí! ¡Eh! ¡Para! —vociferó Birouk. A estas palabras siguió una queja lastimera.
—¡No te escaparás, viejo! —gritó el guarda—. ¡Espera!
Me precipité hacia el lugar de donde salían los gritos, y después de tropezar varias veces llegué junto al árbol derribado.
Birouk tenía tendido en tierra y fuertemente sujeto al paisano. Al verme lo dejó incorporarse. Era un pobre hombre, de sucia cara y barba revuelta. A pocos pasos se hallaba el carro y un viejo jamelgo.
El guardabosque, con la manaza siempre agarrada al cuello del ladrón, tomó al animal por la brida.
—Adelante, Corneja —dijo vivamente.
—El hacha, recójala —le pidió el paisano.
—Cierto —murmuró Birouk—, puede servir. Y levantó el hacha.
Volvíamos, yo tras ellos. Durante el camino comenzó de nuevo la lluvia y aguantamos un chaparrón. Después de una penosa marcha llegamos a la choza.
Birouk dejó el caballo en medio del patio, sujetó los perros y nos hizo entrar en la isba.
Cuando el guardabosque le hubo desatado las muñecas, el prisionero se sentó en el banco.

—¡Qué aguacero! —dijo Birouk—. Ahora no puedes partir. Descansa, por favor, yo enjaularé a este pájaro al otro lado.

—Gracias, pero no le causes daño.

El paisano me miró con agradecimiento. Me prometí gastar toda mi influencia en conseguir apaciguar la severidad del guardabosque.

En un rincón estaba quieto el infeliz, pálida y ensombrecida la cara, la desolación en los ojos.

Los niños estaban dormidos. Sentándose a la mesa, Birouk tomó su cabeza entre las manos. En medio de un absoluto silencio, un grillo comenzó a cantar.

—¡Foma Birouk! —exclamó el paisano—. ¡Foma, Foma!

—¿Qué hay?

—Deja que me vaya.

El guardabosque permaneció callado.

—Te lo suplico..., el hambre... ya ves... déjame libre.

—Te conozco —dijo el guarda con sequedad—, tu vida es robar, después robar, robar siempre.

—Deja que me vaya —prosiguió el palurdo—, sabes..., ¡ah!, el intendente tiene la culpa, ¡él nos arruinó a todos!

—Esa no es razón para robar.

Suspiró el paisano; movimientos febriles lo sacudían y agitaban su respiración.

—¡Piedad! —clamó con desesperación—. ¡Mis hijitos se mueren de hambre, suéltame!

—No robes.

—Pobre caballo mío, no tengo otra cosa.

—Basta, cállate y permanece quieto, porque aquí hay un señor.

Birouk se acomodó tranquilamente de codos en la mesa. Seguía lloviendo. Yo esperaba ansioso el fin de semejante escena.

De repente, el paisano se incorporó, con un esfuerzo supremo, y gritó:

—¡Ah, tigre sediento de sangre! ¿Crees que no vas a morir, lobo rabioso?

—¿Estás borracho? —dijo el guardabosque.

—Sí, estoy borracho, ¿he bebido por cuenta tuya, devorador de hombres? ¡Sí, quédate mi caballo, tú te irás también! ¡Tigre!... Está bien, ¡pega!

El guardabosque se había puesto en pie.

—¡Pega de una vez! —gritó furioso el paisano.

La pequeña Aulita se había levantado y estaba delante del desgraciado.

—Ahora, silencio —dijo el guarda. Y caminando tomó al ladrón por los hombros como si lo fuese a sacudir con violencia.

Corrí en defensa del infeliz.

—¡No te muevas, señor! —me gritó Birouk.

Pero nada me intimidó y ya tenía cerrados los puños, cuando con gran sorpresa mía, Birouk desató la cuerda que ataba los brazos del ladrón; luego, agarrándolo por el cuello, abrió la puerta y lo lanzó fuera.

—¡Vete al diablo con tu caballo!

Silencioso, el guarda entró de nuevo en la isba.

—Bien —dije a Birouk—, me has asombrado; eres un buen hombre.

—Dejemos eso, amo —rezongó—, y no lo cuentes a nadie. Puesto que ya no llueve, ahora puedo acompañarte.

—¡Ah, cómo corre! —dije escuchando el ruido de un carro que pasaba.

Una hora después me despedía de Birouk en la linde del bosque.

## III

## LA MUERTE

Vecino de campaña tengo a un propietario joven, cazador infatigable, pero de una destreza algo novicia.

Fui a verlo, en una hermosa mañana de julio, y le propuse salir a cazar gallos silvestres.

—Es lo mejor que se me podría proponer —dijo—. Acepto, sin embargo, con la condición de que iremos a Zucha después de pasar por mi posesión. Verá usted mis entinares, donde estamos haciendo cortas.

Consentí. En seguida hizo ensillar su yegua, vistió un traje verde cuyos botones de metal figuraban cabezas de jabalí, se proveyó de un morral, un frasco de pólvora trabajado en plata, y un fusil francés que acababa de adquirir.

Después de mirarse tres o cuatro veces en el espejo, partimos con Esperanza, como se llamaba un excelente perro de caza.

Seguía a mi vecino su "déciatski" , hombrecillo rechoncho, cara cuadrada, espaldas anchas y espesas. Nos acompañaba también un intendente, individuo delgaducho y alto, de rostro estrecho, cuello de jirafa, rubio, miope; y afligido, además, por el nombre de Gottlieb von der Kock.

Mi amigo no tenía de siempre la posesión de esa tierra, sino heredada de una tía, la consejera Kardon Kartaef. Mujer tan obesa, que en los últimos tiempos de su vida le fue imposible caminar.

Llegados a la posesión, marchamos a través del soto.

—Esperadme aquí —dijo mi amigo Ardalion a los que nos acompañaban.

El alemán fue a sentarse a la sombra y abrió un libro sentimental de Juana Schopenhauer, y el "déciatski" permaneció montado y allí le vimos, al volver, pues no había cambiado de sitio.

Dimos varias vueltas y rodeos sin descubrir cosa alguna, hasta que Ardalion Mikailych me invitó a cruzar al entinar.

—Con mucho gusto —le respondí—, porque presiento que hoy no cazará nada.

Volvimos luego al prado donde habíamos dejado a nuestros compañeros. Cerró el alemán su libro y mediante muchos esfuerzos pudo ahorcajarse sobre su yegua, reacia y mañosa; a la menor contrariedad tiraba coces, y no valía más, por otra parte, que el caballo del "déciatski"; éste no llegó a dominar su cabalgadura sino a fuerza de mucha espuela y latigazos.

No me era desconocido el lugar. Durante mi infancia le visitaba con mi preceptor, Desiderio Fleury.

Este bosque de Chapliguina no era muy considerable. Pero los árboles habían alcanzado una altura prodigiosa: doscientas o trescientas encinas alternaban con fresnos gigantes. Sus grandes copas negruzcas se recortaban con la nitidez de los avellanos y de los serbales; sus últimas ramas remataban en un ramo de hojas verdes y allí planeaban gavilanes y mochuelos.

En la profundidad de este follaje espeso, otrora el mirlo silbaba alegremente, las urracas golpeaban con el pico la corteza de los árboles; las currucas diminutas gorjeaban en las ramas bajas, verdes y frescas, sin temor a las liebres que furtivamente atravesaban los setos. Una ardilla, a veces, asomándose, lucía su pelaje rojo amarillento y su cola empenachada.

Entre las helechos había lirios que mezclaban su aroma al de las violetas, cerca de las fresas coloradas y perfumadas.

Chapliguina me gustaba, por la delicia de su reposo hasta en los más fuertes calores; una atmósfera transparente nos envolvía con su embalsamada frescura. Horas de encanto había yo pasado en este bosque, horas de poesía y de ensueño. Por eso fue grande mi pena cuando ocurrieron los desastres causados por el invierno de 1840.

Mis viejos amigos, los grandes árboles, las encinas y hayas, estaban 'caídos en tierra; estos príncipes, reyes de la naturaleza, se pudrían como cadáveres de viles animales. Otros, heridos por el rayo, perdían su corteza. Aún conservaban algunos vestigios de juventud, pero ninguno tenía su pasada magnificencia.

Lo que me parecía más extraño es que ya no hubiese sombra en el bosque de Chapliguina. Estos

nuevos titanes, víctimas de la cólera celeste, me llenaban de compasión. Hasta les atribuía sentimientos. Repentinamente acudieron a mi memoria los siguientes versos de Kaltsof:

*Di qué te has hecho,*
*voz ideal,*
*fuerza orgullosa,*
*virtud real.*
*¿Adónde ha ido,*
*hacia qué nube,*
*tu fuerte savia*
*que siempre sube?*

—¿Cómo —pregunté a Ardalion— no se cortaron estos árboles en 1841 o 1842? Han perdido ahora la mitad de su valor.

—Debiera usted haberle hecho esta observación a mi tía —me respondió—. Muchas veces le ofrecieron comprarle esta madera, pero rehusó siempre.

—"¡Mein Gott, mein Gott!" —exclamaba el alemán—. mán—. ¡Qué lástima! ¡Qué pena!

Explicó el joven teutón, en un lenguaje más o menos incomprensible, todo el sentimiento que le inspiraban los árboles muertos. Por lo que toca al "déciatski", su indiferencia era absoluta, y se divertía en escalar los viejos troncos agusanados.

íbamos a llegar al sitio donde se hacía la corta, cuando se levantaron gritos y cruzaron confusos rumores. Un joven, de pronto, pálido, el traje deshecho, salió de la espesura, a pocos pasos de nosotros.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Milkailych—. ¿Adónde corres así?

—¡Ah, señor, qué cosa más espantosa!

—Pero ¿qué pasa? ¡Habla, pues!

—El árbol, mi amo, el árbol aplastó a Máximo.

—¿Cómo?... ¿El capataz, el adjudicatario de los trabajos ?...

—Sí, padre; estábamos ocupados en cortar un fresno. Máximo nos observaba y nos exhortaba, cuando la sed le hizo acercarse al pozo. En ese momento mismo el árbol cedió, le gritamos al capataz para que se apartase, pero ya era tarde. Dios sabe por qué cayó el árbol con tanta rapidez.

—¿Murió en seguida?

—No, padre; pero tiene las piernas y los brazos quebrados. Corro a llamar al médico Selivestrich.

Ardalion le ordenó que volase a la ciudad y volviese con un médico.

En el sitio referido hallamos al pobre Máximo en tierra; le rodeaban algunos campesinos. No se quejaba, pero no era difícil advertir la dificultad de su respiración. En sus ojos había una mirada de asombro, un rictus en sus labios amoratados. La penumbra de un tilo

envolvía su cara con cierto tinte mortuorio. Pudo, al fin, reconocer a Ardalion. Penosamente habló

— ¡Ah, padre!... Enviad a buscar al sacerdote. Dios me ha castigado... Hoy domingo trabajé con mis hombres. Por eso estoy castigado. No tengo ni brazos ni piernas... Veo venir la muerte... Si me queda dinero, que se lo den a mi mujer, después de pagar mis deudas. Siento que todo ha concluido, perdonadme.

—Dios te perdona —dijeron los campesinos mientras el moribundo se agitaba convulsivamente.

Hizo un esfuerzo y recayó.

—No hay que dejarle morir —observó Ardalion—. Que tomen la estera del carro y le lleven al hospital.

—Ayer —murmuró el moribundo— di el dinero a Jéfime..., para la compra de un caballo; hay que dar el caballo a mi heredera...

Se le prometió que así se haría.

La muerte se lo llevaba, sus miembros se encogieron, después pareció encogerse.

—Ha muerto —dijeron algunos campesinos.

Silenciosamente nos apartamos y salimos al campo.

La muerte del pobre capataz me hizo, reflexionar.

Tiene el campesino ruso una manera característica de morir. No puede decirse que sea indiferencia en el momento supremo, y, sin embargo, el campesino encara la muerte como un simple trámite, como una formalidad inevitable.

Hace algunos años, un campesino hubo de morir quemado en el incendio de una granja. Un burgués le salvó de morir allí. Fui a verle en su cabaña. Todo era sombrío y el aire viciado, malsano.

—¿Dónde está el enfermo? —pregunté.

—Aquí, padre —me dijo una vieja campesina con la cantilena común a las mujeres afligidas.

Me acerqué al paciente; estaba cubierto con su manta y respiraba con dificultad.

—Y bien, hermano, ¿cómo va eso?

Al oírme, el enfermo ensayó un movimiento, aunque sus numerosas llagas le ocasionaban sufrimientos horribles.

—No te muevas — le dije—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy mal, como veis; en artículo de la muerte.

—¿No deseas nada?

Silencio.

—¿Necesitas té?

—No, gracias.

Me aparté; me senté en un banco.

Allí estuve una hora en medio del silencio de la "isba". En un ángulo, detrás de una mesa, y bajo el sitio de los iconos, había una chicuela de cinco años, más o menos. Mordisqueaba una corteza de pan.

En el primer cuarto la cuñada del paciente picaba

repollos para la provisión de invierno. — ¡Eh, Auxinia! —llamó el moribundo. —¿Qué?

—Dame "kwass" .

Se lo llevó la campesina y todo volvió al silencio. —¿Le administraron los sacramentos? —aventuré a media voz.

—Sí, amo, antes de que llegarais.

—Vamos —dije—, todo está arreglado; el enfermo aguarda la muerte, no espera otra cosa.

Salí de la "isba", cuyo olor me sofocaba.

Otra vez se me ocurrió ir a casa de un llamado Kapitan, cirujano en el hospital de Krasnagorié, que había sido con frecuencia mi compañero de caza.

Dicho hospital estaba establecido en un ala del antiguo castillo señorial. Su fundadora fue la señora del lugar. Había reglamentado todo, hasta los menores detalles del establecimiento, y hecho inscribir encima de la puerta: "Hospital de Krasnagorié". Un elegante libro estaba destinado a registrar los nombres de los enfermos. En la primera página, uno de los numerosos parásitos que vivían al abrigo de la caritativa señora, había escrito los versos que siguen:

*En tan lindo paraje, donde reina alegría,*
*alzaron este templo la belleza y la fe;*
*admirad, habitantes de Krasnagorié,*
*de los señores vuestros la tierna simpatía.*

Otro había escrito:

*Y yo también, ¡amo la naturaleza!*

Y su firma

Juan Kubiliatnikof.

El hermano Kapitan adquirió seis camas y se consagró enteramente a los enfermos pobres. Se le confió el cuidado de dos individuos, de los cuales, uno, Pablo, había sido grabador; padecía ausencias de espíritu, que para él significaban desagradables trastornos; y la otra era una anciana, de nombre Milikitrisa o Manos Secas. Encargada de la cocina, preparaba remedios, tisanas y, en algunas ocasiones, ayudaba al viejo Pablo a calmar a los enfermos demasiado agitados por la fiebre. Generalmente, el grabador, sombrío y taciturno, canturreaba una romanza en que había cierto asunto de Venus y de su belleza, etc. Además, tenía una manía curiosa: pedir permiso a todo el mundo para casarse con una tal Melania, muerta y enterrada desde hacía mucho tiempo. Manos Secas le reprendía amistosamente y procuraba tranquilizarle, haciéndole cuidar los pavos.

Mientras hablaba entró en el patio un carro de cuatro ruedas conducido por un campesino cuyo "armiak" nuevo dejaba recuadrarse las anchas espaldas; el caballo era fuerte y pesado como lo son en los molinos.

—¡Ah! ¡Buen día, Vasíli Dimitrich! —gritó el frater Kapitan desde la ventana—. Muy bien venido.

Y me advirtió:

—Es el molinero de Leonbovchinsk.

Descendió el campesino del carro, con dificultad, y una vez en la habitación del frater se persignó piadosamente al ver un crucifijo.

—Y bien, Vasili, ¿qué ocurre? Tiene usted mal aspecto.

—Sí, Kapitan, no ando bien.

—¿Qué le sucede a usted?

—Me sucede esto: Hace poco fui a la ciudad a comprar piedras de moler y las llevé al molino.

Quise descargarlas sin ayuda. Pesaban demasiado y tuve que esforzarme. Desde entonces sufro mucho y ahora me siento bastante mal.

—Debe de ser una hernia —dijo Kapitan—. ¿Cuándo fue eso?

—Han pasado diez días.

—¡Ah! —exclamó el otro, sentenciosamente—. Con su permiso voy a examinarle.

Y ambos se ocultaron detrás de una puerta.

—Mi pobre Vasili —dijo luego Kapitan—, esto no tiene solución. Si hubiese usted venido antes yo lo habría curado en seguida. Pero ahora ya se ha declarado la inflamación y puede empezar la gangrena. Necesita usted quedarse aquí algún tiempo.

Haré todo lo posible para sacarlo del peligro, pero su situación es grave.

—¿Por una cosa de nada debo morir?

—Yo no digo que usted se muera, Vasili. Pero aseguro que no puede usted volver a su casa en semejante estado.

El molinero reflexionó, se rascó la frente y luego, tomando su bonete, se dirigió al patio.

—¿Adónde va usted, Vasili?

—Al molino. Si debo morir, es preciso que arregle algunos asuntos.

—Se arrepentirá usted: Ni siquiera comprendo

cómo pudo llegar hasta aquí. Se lo ruego, quédese.

—No, hermano Kapitan; prefiero morir en mi casa. —Es un caso gravísimo, Vasili; le aseguro que debe usted quedarse.

—No, no, vuelvo a casa; prescríbame alguna droga, algún remedio y nada más.

—No se conseguirá nada solamente con pociones.

—Estoy decidido, me voy.

—ojalá no tenga usted que arrepentirse; tome esta receta.

Sacó el molinero cincuenta "kopecks", los entregó al enfermero y subió al carro.

—Adiós —dijo-; acuérdese usted bien de mí, no abandone a mis huérfanos si por acaso...

—Quédese usted, crea lo que le digo.

El campesino se limitó a hacerle una señal con la cabeza, castigó su caballo y salió a la calle grande, mal Pavimentada y llena de baches. Vasili procuraba evitar las sacudidas; saludaba alegremente a sus conocidos y nadie pudo sospechar que moriría al día siguiente.

Ya lo dije: el ruso encara la muerte de una manera particular. ¡Cuántos ejemplos podría traer al caso!

¡Me acuerdo de ti, Avenik Sorokunof, que fuiste mi mejor amigo! Aún veo tu larga cara de tísico, tus ojos verdosos, tu modesta sonrisa, tus miembros flacuchos, y oigo tu palabra acariciadora y triste. Vivías en casa de un señor, gran rusófilo, Gur Krupionikof, donde educabas a sus hijos. Soportabas con paciencia angélica las burlas del señor Gur, las descortesías del intendente, las amargas molestias que te causaban tus alumnos.

Si acaso erraba en tus labios alguna sonrisa llena de melancolía, jamás dejabas escapar una ligera queja.

—¡Tu dicha inefable era cuando al anochecer, libre ya de toda obligación, venías a sentarte a la ventana. ¡Qué clase de encanto encontrabas en esas poesías que elevaban tu alma y te hacían olvidar los fastidios y las miserias! Había entonces otra expresión en tu cara y algo de radiante. Te sorprendías amando a la humanidad.

No puedo convertirte en un héroe, porque, sin duda, muchos sobrepasaban tu inteligencia, tu saber, pero nadie tenía tu buen corazón y tu sensibilidad.

Creímos que el campo repararía tu débil salud. Pero desmejorabas visiblemente, pobre amigo mío. Tu habitación daba al jardín. Allí las eglantinas y las rosas te ofrecían mezclados sus perfumes, los pájaros gorjeaban para ti, una acacia dejaba caer sus flores sobre tus cuadernos y tus libros preferidos.

Venía, a veces, un amigo de Moscú a visitarte. Gran ocasión de alegría. Escuchabas con éxtasis los versos que te recitaba. Pero el insoportable oficio i de preceptor y una enfermedad incurable te consumían; te llevaban a la tumba los interminables y fríos inviernos de la campaña rusa, mi pobre, ¡pobre Avenik!

Poco antes de que muriese fui a verle. Su amo, el señor Gur, no le despedía. Pero le privó del sueldo y había tomado, además, otro preceptor.

Ese día, me acuerdo, Sorokunof estaba a la ventana en un viejo sillón. El tiempo era magnífico. Un soberbio sol de otoño tendía alegremente sus reflejos sobre una hilera de tilos deshojados; sólo algunas hojitas amarillas tiritaban al extremo de las ramas y volaban arrancadas por el viento. La tierra, ya sorprendida por las heladas, traspiraba bajo los rayos del sol. En los aires una sonoridad inaudita, un extraordinario eco.

Estaba mi amigo envuelto en un batón; una corbata verdosa ponía en su cara cierto tinte colérico.

Me recibió con alegría y, tendiéndome la mano, me hizo sentar a su lado. Estaba leyendo una colección de poesías de Koltsof, copiadas cuidadosamente.

—Poeta verdadero éste —me dijo entre dos accesos de tos. Y con palabra afónica empezó a recitar la siguiente estrofa:

*¿Tiene entonces ligadas*
*sus alas el halcón?*
*¿Y cerrado el camino*
*al espacio y al sol?*

Le impedí continuar. El médico le había prohibido hablar. Aunque no seguía el movimiento científico y literario de la época, le interesaba algo el porvenir del mundo; particularmente llamaba su atención la filosofía alemana. Le hablé de Hegel y le hice una exposición de su sistema.

—Sí —reflexionó—, comprendo; grandes ideas, grandes ideas.

Esta curiosidad infantil de un hombre a la muerte, de un infeliz abandonado, me conmovió hasta las lágrimas.

Sorokunof no se hacía ilusiones sobre su estado; sin embargo, nunca se quejaba de sus sufrimientos.

Procuré distraerle. Conversamos de Moscú, de la literatura rusa, de nuestros comunes recuerdos de juventud. Hicimos memoria de amigos difuntos.

—¿Te acuerdas de Dacha? —dijo al fin—. ¡Qué alma tenía! ¡Y cómo me quería! ¿Qué será de esa hermosa flor? Tal vez habrá enfermado la pobre...

Yo le dejaba la ilusión y no le daba noticias de Dacha. Festejada, adulada por comerciantes ricos, sólo soñaba con joyas y coches.

"Acaso, pensé, su enfermedad no es incurable y se le podría sacar de aquí."

Adivinó mi pensamiento.

—Te advierto que no llegaré al invierno. No hay que incomodar a nadie. Además, estoy acostumbrado a esta familia.

—No tienen corazón —le respondí.

—Sin embargo, no es gente mala. Algo brutos tan sólo. Por lo que se refiere a los vecinos..., uno de ellos, el señor Kasakin, tiene un encanto de hija, instruida, ella...

Un acceso de tos le cortó la palabra. —Si pudiese siquiera fumar... Pero ni eso. —Debieras escribir a tu familia.

—No, sería inútil. Cuando haya muerto lo sabrán. Le hice algunos relatos que le interesaron viva mente. Por la noche nos separamos. Ocho días después me llegó una carta del señor Gur, en estos términos:

"Debo anunciaros, señor, que vuestro amigo A. Sorokunof ha entregado su alma a Dios el jueves pasado y que esta mañana se le enterró a mi costa en el cementerio de la iglesia. Conforme a sus últimos deseos, os envío sus libros y cuadernos de poesías.

"Le quedaban veintidós rublos y cosas que remitimos a sus herederos. Ha muerto en una especie de insensibilidad, hasta al despedirse de nosotros.

"Mi esposa Cleopatra os saluda; le fatigó mucho los nervios la muerte de vuestro amigo. En cuanto a mí, me gobierno la salud y me reitero vuestro muy humilde servidor.

*G. Krupionikof."*

Otros hechos análogos me acuden a la memoria, pero los dichos son suficientes.

Sin embargo, uno es bastante curioso y merece añadirse.

Una vieja propietaria murió en mi presencia no hace mucho tiempo. En pie, a la cabecera de su cama, el sacerdote decía las oraciones de los agonizantes. Al cabo de algunos minutos, notando que la enferma ya no se movía, la creyó muerta y acercó a su boca un crucifijo.

—No tan rápido, espere —balbuceó la vieja.

Metió una mano bajo la almohada.

Cuando la amortajaron, se encontró bajo su almohada una moneda de plata. Se había propuesto pagar ella misma al sacerdote que le administrase la extramaunción.

Sí, los rusos tienen una extraña manera de morir.

## IV

## CHERTAPKANOF Y TREDOPUSKIN

En una cálida mañana de estío, volvía de caza acompañado de Jermolai.

Mecido por el movimiento de la "telega" estaba él adormecido y sacudía la cabeza sin poderse despertar.

Los perros roncaban tranquilamente junto a nosotros y escapaban a los tábanos que atormentaban al pobre caballo.

Nos rodeaba una nube de polvo. El cochero tomó un camino boscoso. Las ruedas del carro tropezaban a cada instante con la maleza crecida.

Jermolai acabó por despertarse y dijo:

—Pero por aquí ha de haber gallos silvestres.

Con esta noticia bajamos y penetramos en la espesura.

Bien pronto mi perro encontró una banda de gallos silvestres, sobre los que Jermolai y yo descargamos nuestros fusiles.

Nos preparábamos a disparar de nuevo, cuando la enramada: abriéndose junto a mí, dejó pasar a un caballero.

—¿Con qué derecho, señor, caza usted en mis tierras? —preguntó con altanería.

El personaje que hablaba de esta suerte pronunciaba por la nariz y por accesos, precipitadamente. Le observé con atención. Nunca en mi vida se me había cruzado semejante persona. Imagínese un hombrecito rubio, de nariz respingona, torcida y de largos mostachos colorados. Tenía metido hasta las cejas un bonete persa. Llevaba un traje amarillo gastado con adornos de galones de plata en todas sus costuras. Todo denunciaba el largo uso, pues estaba sembrado de zurcidos; un cuerno de caza colgaba de sus hombros. De su cintura salía la punta de un puñal.

El caballo era flaco, hético, y asimismo los dos perros que le acompañaban.

Aspecto, miradas, movimientos y expresión del desconocido mostraban una loca audacia y un indomable orgullo. Los ojos, de un verde azulado, daban vidriosos destellos; miraban al azar, como los de un hombre ebrio.

La cabeza hacia atrás, inflaba los carrillos, se sacudía como un gallo de la India. El conjunto de sus modales recordaba muchísimo al pavo. Repitió su pregunta.

—Ignoraba que estuviese prohibido cazar en este bosque —le respondí.

—Está usted en mis tierras, señor.

—Según sus deseos, voy a retirarme.

—Permita usted, ¿es un noble a quien tengo el honor de hablar?

Me presenté.

—En ese caso —agregó—, continúe usted cazando. Me honra satisfacer el gusto de un gentllhombre. Soy Pantalei Chertapkanof.

Dicho esto, mi interlocutor se inclinó; y afirmándose en los estribos dio a su caballo un recio latigazo. El pobre animal se encabritó, echó espuma y le quebró la pata a uno de los perros, que lanzó lamentables ladridos.

Pantalei, fuera de sí, redobló el castigo al animal. Luego, saltando al suelo, examinó la pata del perro, escupió sobre la herida y le empujó. Se agarró en seguida a las crines de su caballo y puso el pie en el estribo.

El animal alargó el pescuezo y al rato desaparecían en la espesura.

Oí los latigazos que Chertapkanof seguía dando a su pobre caballo, y luego su cuerno de caza, con cuyo sonido vibrante llenaba los bosques.

En ese momento salió del matorral, cerca de mí, otro personaje: caballero bajo y grueso, que montaba un caballo bayo. Me preguntó si no había visto a un caballero que montaba un animal zaino colorado. Y como le respondiese afirmativamente:

—¿Hacia dónde enderezó?

—Por allí.

—Os lo agradezco humildemente, monseñor.

Espoleó su cabalgadura y se alejó en la dirección que le había indicado. Le seguí con los ojos hasta que su casquete puntiagudo no se vio más entre las ramas.

Este segundo personaje parecía exactamente opuesto al primero, por su aspecto: la cara hinchada, redonda como una bola; su expresión era de bondad y timidez; venitas azules le surcaban la nariz espesa; en la parte delantera de la cabeza no tenía un solo cabello; en lo bajo de la nuca, un cerco de pelo feamente rubio. Sus ojos, que no cesaban de guiñar nerviosamente, daban la impresión de haber sido horadados por un taladro, y en sus labios gruesos y colorados flotaba una continua sonrisa. Vestía sobretodo verde con botones de cobre; los pantalones de paño no le llegaban más que a las rodillas y dejaban al descubierto la caña de sus botas y lo rechoncho de sus pantorrillas.

—¿Éste quién es? —pregunté a Jermolai.

—Ivano Ivanovich Tredopuskin, que vive con Chertapkanof.

—Debe de ser un pobre hombre.

—No es rico, y tampoco lo es Chertapkanof. No tienen un céntimo.

—¿Por qué viven juntos?

—Por afecto. El uno va adonde va el otro. Como dice el proverbio: Por donde pasa el caballo con su casco, el cangrejo pasa con sus pinzas.

Salimos del matorral. Cerca de nosotros dos perros ladraron, y entre la maleza corrió una liebre grande.

Tras ella se lanzaron los galgos. Luego llegó Chertapkanof. Procuraba en vano dirigir la jauría. De su ancha boca escapaban sonidos inarticulados e ininteligibles; se enfadaba con su cabalgadura y la hartaba de latigazos. Los lebreles buscaban, la liebre torció camino y cruzó como una flecha delante de Jermolai. Los perros salieron para otro lado.

—¡Guarda: fuego! —gritó Chertapkanof.

Jermolai disparó el arma, la liebre rodó como una bola sobre la gramilla seca; saltó un perro y la atrapó.

Chertapkanof, en un abrir y cerrar de ojos se apeó, y sacando su puñal le hundió hasta el mango en el cuerpo de la presa. Lanzó un grito de victoria y se llenó de orgullo cuando vio llegar a Tredopuskin.

—Debiéramos privarnos de la caza en esta estación del año —dije a Chertapkanof, señalándole un vecino campo de avena.

—Ese campo me pertenece —respondió con sequedad.

Le cortó las patas a la liebre y se la ató a la silla.

Y dijo a Jermolai:

—Según las leyes de la caza, te debo el tiro, querido. En cuanto a vos, señor —dijo recalcando cada sílaba—, os quedo agradecido.

Montó de nuevo.

—¿Me permitís preguntaron vuestro nombre? Se lo dije otra vez.

—Me place haberos conocido. Cuando la ocasión se presente, hacedme el placer de visitarme.

Luego, con un ademán de impaciencia: —Pero ¿dónde está Fomka?

—Su caballo ha caído y reventó —dijo Tredopuskin.

—¿Cómo? ¿Reventó Orbacane? ¡Pfon pfi! ¿Dónde está?

—Más allá del bosque.

Chertapkanof salió al galope.

Tredopuskin me saludó dos veces, por su amigo y por él; y, como de ordinario, se alejó al trote a través de la maleza.

Me pregunté por qué dos seres tan diferentes por carácter y maneras podían vivir juntos, y comuniqué mi asombro a Jermolai. Éste me dio noticias que permiten, junto con otras, formarnos una idea completa sobre ambos personajes.

Pantalei Tremeich Chertapkanof tiene en el país reputación de atolondrado, de hombre peligroso y fantástico. Y con todo, es orgulloso como Artaban y un perdonavidas de lo peor. Sirvió en el ejército; motivos desagradables le obligaron a dimitir, y salió con graduación de teniente. Su familia tenía en otro tiempo grandes propiedades y vivía como viven los grandes señores de la estepa. Siempre estaba servida la mesa del castillo, nadie pedía hospitalidad sin obtenerla, y hasta los caballos de los extraños eran cuidados y alimentados a lo grande. La casa de estos ricos castellanos era numerosa: músicos, cantores, y en los días de fiesta toda la turba de los criados se hartaban de aguardiente. Iban durante el invierno a Moscú, en sus espaciosas "kolymagues" . A veces, de vuelta de la ciudad, se quedaban sin un céntimo y se veían en caso de vivir con los productos de la granja y de los establos.

Pantalei, es decir, Eremei Lukich, había heredado una tierra ya empobrecida, pero no llevaba una vida menos alegre. No dejó a su hijo, al morir, más que la aldea de Beztonow, cuya población se componía de 3o hombres y 70 mujeres, todos esclavos de la corona. Le correspondía también el octavo de las tierras de Kolobradova. Como no quería saber nada de los mercaderes, con los salteadores, como él decía, el difunto había enseñado a sus siervos un gran número de oficios.

Se arruinó, precisamente, por persistir en esta mala combinación. Al menos satisfizo todas sus excentricidades. Quiso tener un día un carruaje desmesurado. Y lo tuvo, en efecto. Para hacerlo andar hubo necesidad de requisar todos los caballos y todos los hombres de la aldea. Pero al primer ensayo se abrió y se deshizo.

Eremei Lukich hizo levantar en el lugar un monumento y ya no se preocupó más del asunto. Tuvo en seguida la fantasía de edificar una iglesia sin ayuda de un arquitecto. Se encargó él mismo de diseñar los planos y fundamentos.

Para fabricar los ladrillos se quemó una selva íntegra. Luego se pusieron los cimientos. Por su solidez y extensión, aquello podía soportar una catedral. Los muros se elevaron, después la cúpula... Pero luego se derrumbó. "No es nada", pensó Eremei. "Que se empiece de nuevo." De nuevo se construyó la cúpula, de nuevo se derrumbó.

"El número 3 es divino", pensó Lukich. "Ensayemos una tercera vez." Y el mismo accidente se repitió, más terrible y más peligroso. Grandes grietas surcaron los muros de la iglesia y amenazaron su solidez.

—Han puesto algún maleficio en esta construcción —dijo el propietario—. Las brujas de la aldea tienen la culpa.

Y de acuerdo con sus órdenes, fueron azotadas todas las viejas del lugar. Después de reflexionarlo, desistió de edificar el templo. Sólo quedaron sus ruinas, que atestiguaban una fantasía del señor Lukich. Poco después decidió reconstruir todas las casas de la aldea sobre un modelo uniforme. Las juntó de tres en tres, en forma de triángulo. En el medio del triángulo había un poste que remataba en un nido de estornino.

Diariamente tenía nuevas extravagancias. Ya se hacía preparar una sopa de lampazo, ya le daba por hacer cortar las colas de todos los caballos para fabricar casquetes a sus criados. A veces quería reemplazar el lino por ortigas y alimentar los puercos con hongos. Habiendo leído un día, en un periódico de Moscú, un artículo concerniente a la buena moral de las aldeas, decretó que todo el mundo aprendiese este artículo de memoria y lo recitara con frecuencia.

En aquella misma época, por motivos de "orden y regularidad", Eremei quiso que todos sus súbditos tuviesen un número y lo llevasen marcado sobre el cuello del traje. Cada vez que un campesino se encontraba con su amo, gritaba: "Número 21." "Número 7." Y el amo respondía: "Dios te guarde."

—A pesar de sus buenas medidas, Eremei llegó a una situación muy embarazosa. Se vio en el caso de hipotecar todas sus tierras y tuvo que venderlas al poco tiempo. La última aldea suya, donde estaba la iglesia sin cúpula, fue rematada por el Estado. Tal acontecimiento ocurrió después de su fallecimiento. Meses antes había muerto en su castillo, rodeado de su servidumbre, bajo los ojos del médico. El pobre Pantalei no recibió, como herencia, más que el caserío de Beszonovo.

Cuando la enfermedad de su padre se declaró, Pantalei estaba en el regimiento y tenía diecinueve años. Criado por una madre débil e indulgente, pudo satisfacer siempre todos sus caprichos. Las esperanzas de su madre, Vasilia Vasilievna, no se realizaron, porque su Pantalei se hizo un franco holgazán.

El padre había descuidado la educación del hijo, absorbido por sus extravagancias y reformas económicas. Sólo en cierta ocasión le administró un buen castigo. Ese día, es verdad, lo había puesto de malísimo humor un accidente sufrido por uno de sus galgos.

Vasilia Vasilievna nunca hizo mayores gastos para la educación de su hijo. Había desenterrado como preceptor a un viejo alsaciano inválido, llamado Birkopf. Hasta en sus últimos días temblaba al suponer que este mentor pudiese renunciar al empleo. Birkopf se aprovechaba de semejante disposición, bebía como un agujero y se lo pasaba durmiendo desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana. Pantalei terminó su educación en falso, y entró en el ejército.

Grande fue su sorpresa para Pantalei cuando llegó con licencia, para los funerales de su padre, y vio que su fortuna se hallaba reducida a nada. Con la desesperación, Pantalei cambió completamente. Ya no se le reconocía. Había sido hasta entonces perezoso, pero bueno y honesto. A partir de entonces fue violento y pendenciero, peleó con sus vecinos, ricos o pobres, y se mostró descortés con las autoridades civiles.

—Soy —decía en cualquier ocasión— un noble chapado a la antigua.

Al "stanovoi" un día casi le mata porque no se quitó el sombrero al encontrarse con él.

Le devolvían la pelota, por cierto, y aquello era una contienda sin fin. Los funcionarios siempre temían tener que dirimir asuntos con Chertapkanof. Que le hicieran una observación a disgusto suyo, y él proponía arreglar la cuestión con un duelo a muerte. ¡Vaya! —decía—. Yo no tengo apego a la vida. Además, soy un noble chapado a la antigua."

Por otra parte, su probidad era perfecta, y siempre tomaba la defensa de sus campesinos cuando su causa era justa. Les amparaba hasta el último extremo. "Que yo no sea Chertapkanof si no aplasto al temerario que se atreva a invadir el derecho ajeno."

Tikone Tredopuskin no podía, como su amigo, enorgullecerse de su nacimiento. Su padre pertenecía al común y no adquirió la nobleza sino al precio de cuarenta años de un servicio asiduo e irreprochable. Pertenecía al número de esos hombres a quienes la mala suerte combate con una pertinacia que parece odio personal.

Durante sesenta años tuvo que luchar contra todas las miserias que son la herencia de la gente ínfima. Se debatía como un pez en el hielo; vivía al día, nunca durmió su borrachera completa.

El pobre hombre pasó así una existencia de mártir y murió en algo como un granero, sin dejar un solo céntimo a sus hijos. Luchó vanamente contra la desgracia, como una liebre caída en la red; todos sus esfuerzos lograban solamente que se enredase más en la malla.

Bueno y honesto, la gente se aprovechaba de ello. Casado con una tísica, tuvo varios hijos que murieron temprano. Sobrevivieron dos, Tikone y su hermana Matrona.

Se casó ésta, joven todavía, con un abogado retirado de los negocios.

Por lo que se refiere a Tikone, logró su padre hacerlo entrar como supernumerario en una administración. No permaneció mucho tiempo en ella; la situación precaria que había sobrellevado, de continua lucha con el frío y el hambre, el ver los sufrimientos de su madre, los desesperados esfuerzos de su padre, las duras exigencias de los propietarios y de los proveedores, todo concurrió a darle un carácter tímido y reservado.

A la vista de un superior caía en síncope, como un pajarillo que se siente atrapado. Con frecuencia, la naturaleza adjudica aptitudes y gustos contrarios a los que necesitaríamos a fin de cumplir con los deberes de nuestra condición.

De esta suerte había hecho que Tikone, hijo de un pobre empleado, fuese persona— dulce, benévola, inclinada a los goces, dotada de un gusto y de un olfato admirablemente finos... Le desarrolló estas disposiciones y, sin embargo, le condenó a nutrirse de repollos agrios y de carne podrida. No por eso dejó de hacerse hombre. Pero desde entonces, su papel en el mundo resultó de lo más curioso.

El destino, que tan cruelmente había martirizado al padre, no fue más clemente con el hijo, y le hizo su juguete. No le llevó ni una sola vez a la desesperación, ni a las profundas angustias; pero le zarandeó a través de todas las Rusias, le hizo amo y criado, le sometió a funciones ridículas.

Tan pronto se le encontraba con cargo de mayordomo en casa de alguna protectora biliosa y exigente, como se le podía descubrir comensal de un

rico mercader, avaro hasta la medula. O sí no, tenía la cancillería de un gentilhombre de ojos rasgados y pelo cortado a la inglesa, o era semibufón de un propietario aficionado a la caza.

En suma: había pasado por todas las miserias de las posiciones dependientes. Infinidad de veces, por la noche, al retirarse a su habitación, decidió, avergonzado y con lágrimas en los ojos, escaparse y procurarse otra ocupación en la ciudad próxima, y dejarse morir de hambre si no hallaba empleo.

Pero invariablemente su timidez le vencía, le presentaba las ideas de la víspera con apariencia triste, y le obligaba a renunciar a sus proyectos. ¿Era probable, por otra parte, que pudiese hallar una colocación? "No me aceptarían", murmuraba el infeliz, y se agachaba a ponerse el collar de sus miserias.

La situación de Tikone era, pues, deplorable; desde luego porque carecía de las cualidades propias del bufón. No era capaz de bailar hasta caer rendido de cansancio, ni de gastar mil monerías, abundar en bromas y frases graciosas, bajo la amenaza sorda de un castigo; no podía reír y cantar desnudo y expuesto a un frío de veinticinco grados bajo cero; era imposible que bebiese aguardiente con tinta o comiese hongos venenosos.

Sabe Dios lo que hubiera sido del pobre Tredopuskin sí su último amo no hubiese escrito en el testamento: "Doy a Zezé (por otro nombre Tikone) y a sus herederos, la aldea de Bésriélendéefka."

Pasado algún tiempo, el honesto legatario murió de apoplejía. Puso la justicia sus sellos y, al cabo de quince días se reunían los parientes del difunto. Se llamó a Tredopuskín, que compareció en seguida.

Los herederos conocían las funciones de Tikone en casa del pariente muerto. Y así fueron los silbidos y los gritos cuando lo vieron entrar en la sala.

— ¡Señor terrateniente! Amigos, ¡aquí está el nuevo amo!

—Sí —dijo uno que se pagaba de ingenioso—, este señor es perfecto, se sabe lo que es. Justamente... es un... un..., ¿un señor?

Y estalló en una risa olímpica.

El pobre bufón no quería creer que fuese verdad tanta dicha. Fue preciso mostrarle la pertinente disposición testamentaría. Se sonrojó, guiñó los ojos, abrió la boca y acabó por ponerse a llorar.

Con tales demostraciones, los espectadores lanzaron un ¡hurrah! y los vidrios temblaron como en un día de tormenta.

Bésriélendéefka no era, al fin y al cabo, más que una aldea de veintidós almas. Y los presentes no la tenían en mucho. Pero, puesto que la ocasión era buena, ¿por qué no divertirse? Cierto señor Rostilaf Adamych Stoppel discurrió más. Se aproximó a Tikone hasta rozarle la cadera y le dijo con desdén:

—Usted, señor, desempeñaba, creo, en casa del difunto Fedorych, funciones de bufón. ¿Era usted su criado favorito?

El señor Stoppel era un fino conversador, y dijo con la mayor desenvoltura estas palabras. Tikone, pasmado, no sabía qué responder. Escuchaban los herederos al hombre espiritual, que repitió su pregunta. Pero Tredopuskin, con la mirada perdida, no sabía qué responder.

—Le felicito a usted —dijo Stoppel—. Os felicito, nuevo señor. Verdad que pocas personas se aven

drían a emplear vuestros medíos de hacer fortuna. Pero cada uno tiene sus gustos, ¿no?

Alguien, en el fondo de la sala, hizo oír una exclamación de asombro. El señor Stoppel supuso que semejante burla era una alabanza, e insistió con ganas:

—¿Podría usted decirnos qué clase de mérito le ha hecho a usted digno del pequeño legado? Aquí estamos en familia, hable usted sinceramente.

No comprendió Tíkone las palabras del señor Stoppel, se limitó a menear la cabeza. Otro heredero, hombre joven, con la frente llena de placas amarillas, gritó

—Sí, sí, tiene usted razón. Usted seguramente sabe caminar con las manos, o bailar con las piernas al aíre.

—O imita el canto del gallo.

Y otro, después de una risotada:

—O tal vez baila sobre esa nariz.

Una voz gritó al fin:

— ¡Basta! ¿No tenéis vergüenza de atormentar a este pobre hombre?

Todos se volvieron. Era Chertapkanof. Pariente lejano del difunto, le habían convocado también. Según su costumbre, se había mantenido apartado y no conversaba con nadie.

—¡Basta! —gritó moviendo la cabeza, furibundo.

El elegante Stoppel, al ver en el interruptor un hombre de escasa apariencia, no le tomó en serio.

—¿Quién es? —preguntó.

—Cualquier cosa —le dijeron al oído. Confirmada su sospecha, le habló con altanería:

—¿Desde cuándo tenemos un inspector general supremo? ¿Qué clase de pájaro es usted?

Chertapkanof saltó como un cohete y gritó tartamudeando de coraje:

—¿Quién soy yo? Pantalei Chertapkanof, de la más rancia nobleza. Mi bisabuelo estuvo en el sitio de Kazán, bajo el Terrible. Y tú, ¿eres noble siquiera?

Adamych palideció. La interpelación, tan espontánea y viva, le había turbado. Chertapkanof se adelantó impetuosamente hacia él, que retrocedió asustado.

—¡Quiero dos pistolas! ¡Armas, pronto! A tres pasos de distancia. O pídeme perdón y lo mismo a este pobre hombre.

—Dadle explicaciones —clamó la asamblea—. Es un loco. ¡Cuidado!

—Perdón —balbuceó Stoppel—. Yo no sabía...

—Y a él, a él, pídele perdón —le impuso Chertapkanof con una voz firme.

—Perdóneme usted también —añadió el otro, que pasaba por el espantoso trance.

Pantelei tomó de la mano al antiguo bufón y cruzó la sala con él. La asamblea, tan ruidosa momentos antes, se había calmado como por ensalmo.

A partir de ese día tan fértil en emociones, los dos señores terratenientes ya no se separaron. Tikone, débil y fofo, profesaba a su amigo una especie l de culto. Consideraba a Pantalei un hombre instruido, inteligente, extraordinario.

Y, sin duda, su educación, aunque deficiente y mala, era muy superior a la de Tikone. Hablaba el ruso y mal el francés. En materia de grandes espíritus rusos, estimaba a Dervajine y tenía pasión por Marlinski.

* * *

Días después de mi encuentro con los dos amigos, fui a visitar a Chertapkanof en Bezsonovo. Desde lejos se veía su casa, edificada en un sitio sin árboles, sobre una tierra alta, y parecía un nido de águilas en las rocas inaccesibles.

Las dependencias de la finca formaban cuatro cuartos: el establo, la cochera, los baños y el cobertizo.

Ni foso ni empalizada rodeaban la propiedad ni señalaban el límite del señorío.

Al llegar cerca del cobertizo hallé cuatro o cinco perros ocupados en despedazar el cadáver de un viejo caballo. Uno de ellos levantó un momento su hocico teñido de sangre, miró y volvió a devorar. Junto a los perros había un muchacho de cara pálida, vestido a la manera cosaca. Amenazaba a los animales con un largo látigo.

—¿Está tu amo? —le pregunté.

—Llamad con las manos.

Bajé del coche y entré por la galería.

No tenía apariencia de lujo la casa de Chertapkanof. Las vigas de la armazón, ennegrecidas por el tiempo, habían cedido en más de un lugar; las chimeneas estaban en ruinas. Los pequeños cristales, de azulados reflejos, tenían cierto aspecto melancólico, y encajados en aquellos muros amarillentos, antiguos, daban la impresión de ojos, ojos turbios de viejas malvadas.

Llamé y nadie respondió.

Adentro hablaban, sin embargo. Y oí las siguientes palabras de una voz gritona:

—A. B. C. D. Vamos, pues, imbécil.

Volví a llamar y la misma voz gritó:

—Entrad, entrad.

Di con una antecámara oscura, inmediata a una pieza con la puerta abierta. Allí estaba Pantalei, abrigado con un batán que se abría sobre largos pantalones y sentado en una vieja silla. Con una mano cerraba el hocico a un perro de aguas y con la otra le acercaba a la nariz un pedazo de pan.

—¡Ah! —dijo con dignidad—, encantado de veros. Estoy dando una lección a Vinzov. ¡Tikone! Ven aquí, hay una visita.

—¡Voy! —respondió Tikone.

—¡Eh, María, dame el látigo!!

Y reanudó tranquilamente la lección de su perro.

Mientras tanto, yo examinaba la habitación. Una mala mesa de cuatro patas disparejas y seis sillas desfondadas componían todo el moblaje. Las paredes, blanqueadas de cal, tenían manchitas que representaban estrellas. Bajo un velo de polvo un antiguo espejo. Y telas de araña colgando del cielo raso resquebrajado.

—A. B. C. D. —pronunciaba lentamente Chertapkanof. Luego exclamó de repente, haciendo una contorsión—: ¡Bestia estúpida, come!

Modestamente, el pobre animal estaba sentado sobre sus patas traseras; manso y bueno, atendía cada movimiento de su amo y procuraba cumplir en seguida sus órdenes. Pantalei le ofrecía de comer, gritando:

—¡Come, pues, animal!

Al ver que no se decidía a comer, le dio un puntapié. El perro se alejó sin quejarse, aunque debió de dolerle que le tratasen tan mal delante de una visita.

Se abrió la puerta contigua y entró Tredopuskin haciendo reverencias.

Me levanté y fui hacia él.

—Por favor, os lo ruego, no os levantéis.

Nos sentamos juntos, mientras Chertapkanof se iba a otra pieza.

—¿Hace tiempo que estáis en nuestra tierra de Canaán? —me preguntó Tredopuskin, después de toser discretamente, apoyando la punta de los dedos sobre su labio superior.

—Hace pocas semanas.

—¡Ah, bravo! ¡Qué hermoso día el de hoy!... Los cereales prosperan. Una bendición.

Y me miró con un gesto agradecido y como si conviniera que me diese aquellas informaciones. Y prosiguió:

—Ayer Pantalei mató dos liebres. Tuvimos contratiempos. Pero ¡qué liebres!

—¿Tiene buenos perros el señor Chertapkanof?

—Sí, excelentes —respondió Tredopuskin con entusiasmo—. Son los mejores de la jurisdicción, porque cuando el propietario de Bezsonovo desea algo, todo ha de ceder.

Entró en ese instante Pantalei y el semblante de Tikone, iluminándose, parecía decir: "¡Vea usted mismo si sería posible encontrar un hombre semejante a éste!"

Hablamos los tres de cacerías.

—¿Queréis ver una jauría? —me preguntó Chertapkanof. Y sin aguardar a que le respondiese llamó a su criado Karp, que apareció en seguida, muchacho vestido con traje de nankín, adornado de anchos botones blasonados.

—Di a Foma que me traiga a Ammalat y Saiga. Pero en forma..., ¿comprendes?

Una sonrisa contrajo la boca de Karp. Meneó la cabeza, como signo de inteligencia, y desapareció. A los pocos minutos Foma venía con los dos perros atrahillados.

Chertapkanof escupió en las narices de uno, que se quedó quieto. Se siguió conversando y mi huésped fue dejando su fanfarronería y pareció más simpático. De pronto me miró y dijo con cierta ingenuidad:

—Pero ¿por qué se queda sola? ¿Por qué no aprovecha vuestra buena compañía? ¡Eh, María, ven!

Hubo un movimiento en la sala contigua, pero ninguna voz respondió.

—Ma...a...ría, ven con nosotros —dijo suavemente Pantalei.

Entró una mujer que tendría alrededor de veinte años, alta, esbelta. Tenía el cutis cetrino de las bohemias. Sus ojos almendrados estaban rasgados de amarillo y sombreados de muy negras pestañas. Los dientes tenían blancura de marfil y tocaban el coral de los labios. Negros los cabellos, caían sueltos sobre sus espaldas. Vestía de blanco y llevaba un chal celeste, echado artísticamente; levantado sobre uno de los hombros, dejaba ver un brazo fino, terminado por la mano, de línea aristocrática. Avanzó algunos pasos y pareció cohibida.

—Permitidme que os presente a María, mi mujer, si usted quiere.

Ella se sonrojó algo cuando la saludé. Me agradaba mucho con su nariz afilada, las mejillas pálidas, medio sumidas y los rasgos, en fin, que denunciaban pasiones fuertes y una perfecta despreocupación.

Se sentó junto a la ventana. A fin de no aumentar su cortedad, me puse a conversar con Chertapkanof. De tiempo en tiempo ella me echaba ojeadas que parecían dardos de serpiente.

Tikone se sentó a su lado y le dio conversación. Ella sonreía, y los labios, levantándose, hicieron la expresión de su cara, no digo felina, tampoco leonina, y menos angelical. Una expresión realmente extraordinaria y muy hermosa de contemplar.

—Bueno, María —dijo el dueño de casa—, ¿no tienes algunos refrescos para nuestro huésped?

—Hay algo de confitería.

—Pues, dánoslo, y también aguardiente. Y trae tu guitarra y canta.

—No, no quiero.

—¿Por qué?

—Pues, porque no tengo ganas.

—Pero ¿por qué?

—No sé.

—¡Qué loca! En fin, trae lo que te he pedido.

Fue y volvió; puso las golosinas en la mesa y nuevamente se sentó junto a la ventana. Ahora su fisonomía era perversa, se alzaban y recaían sus pestañas como las antenas de una avispa. Por sus miradas ariscas tenía yo la impresión de que habría tormenta. De pronto se levantó. Bajo la ventana pasaba una mujer. Le gritó: " Axinia!" Parece que, al volverse, la mujer resbaló y cayó. María retrocedió para que desde abajo no la vieran y rompió a reír a carcajadas. Resonaron agradablemente a los oídos de Chertapkanof las notas argentinas de aquellas carcajadas y le alegraron de nuevo. La tormenta se disipó.

Con atmósfera calma, desde ese momento, nos dimos a jugar locos de contento y a charlar como colegiales. María rivalizaba con nosotros en alegría, sus ojos echaban alternativamente claridad y sombra, su cuerpo tenía ondulaciones de ola, su naturaleza salvaje se revelaba íntegra.

Una inspiración la hizo correr a buscar su guitarra, y quitándose el chal entonó una romanza. Pura su voz como el cristal resonaba en nuestro corazón. Notas fuertes, como el ruido del mar, alternaban con una cadencia suave, con gorjeo de ruiseñor. Después un aire de danza bohemia, con el refrán: "Ai jghi, govori, al jghi."

Chertapkanof se dejó llevar por el ritmo de la danza, Tredopuskin zapateaba. María exaltada, inspirada, hacía volar las notas melodiosas y fascinantes. Exhausta, al fin, interrumpió su canto y dejó correr sus dedos ligeramente sobre las cuerdas de la guitarra. Sin embargo, con un último ímpetu, lanzó todavía vigorosas notas. Y Pantalei, que había relajado el paso, recomenzó con más brío, casi tocaba el cielo raso, gritando: "¡Rápido! ¡Rápido!"

Dejé Bezsonovo a medianoche, contento de mi visita y de mis amigos.

## V

## LOS CANTORES RUSOS

La aldehuela de Kolotova era, en otro tiempo, propiedad de una anciana, a quien le habían puesto el sobrenombre de "la Esquiladora", debido a su carácter ávido y de empresa. Ahora pertenecía a un alemán de Petersburgo. Construida sobre un montículo, la atraviesa un horrible barranco que forma el medio de la calle. Las aguas de la primavera y del otoño se juntan en la concavidad del barranco y separan el caserío en dos partes próximas, pero muy diferentes. No se puede echar un puentecillo sobre tal especie de río, cuyo lecho de arcilla está encajado a gran profundidad.

Aunque el aspecto del paraje nada tiene de agradable, no hay habitante de los alrededores que no conozca la aldea y no venga con frecuencia a ella.

Al comienzo del barranco hay una casita aislada de la población. Una chimenea remata su techo de paja; tiene una sola ventana, que se abre hacia el lado del barranco, y en el invierno, cuando la luz de adentro pasa a través de sus cristales, parece un ojo de miradas penetrantes.

Se la ve desde lejos. Sirve a guisa de estrella conductora a los viajeros cuando hay niebla y tiempo brumoso.

Esta "isba" no es otra cosa que una taberna, o un "prytinni", como dicen en el país. Encima de la puerta hay una tabla pintada de azul. El aguardiente que allí se despacha, aunque tan caro como en cualquier parte, es el artículo más acreditado en toda la región, y por eso el propietario, Nicolai Ivanitch, siempre tiene muchos clientes.

Es un hombre forzudo, de mejillas frescas y coloradas. Ahora está algo grueso, sus cabellos blanquean y los rasgos de su cara están hinchados por la grasa. Pero conserva un aire de gran benevolencia.

Hace más de veinte años que habita en el caserío. Es muy listo y posee el don de atraer a los parroquianos, sin gastar nunca amabilidades extraordinarias.

Le gusta a la gente estarse allí, bajo su mirada paternal y cortés. Tiene finura, es escrutador, conoce a fondo a cuantos le rodean y la vida que llevan. Pero nunca se daría a repartir censuras y halagos. Permanece tranquilamente a la sombra, detrás de su mostrador. Cuando la taberna está vacía, se sienta a la puerta y traba conversación con los transeúntes. Ha visto y observado mucho. ¡Conoció a tantos gentileshombres que venían a proveerse de aguardiente en su casa! ¡Cuántos se han arruinado! ¡Cuántos han muerto! Las autoridades civiles le respetan y el "stanovoi" nunca pasa delante de su "isba" sin entrar a saludarle. Verdad que se le deben servicios. Hace algún tiempo detuvo a un ladrón y le obligó a devolver lo que había

Es casado. Su mujer, delgada y flacucha como era, ha engrosado. Supo merecer la entera confianza de su marido y éste le deja llaves y cuidado del negocio, y ella sabe hacerse temer tanto como Nicolai. Tienen hijos todavía pequeños, pero ya inteligentes y astutos, como lo denuncia su cierto aspecto de zorros.

Un día, al empezar la tarde, caminaba yo por lo alto del barranco. Era el mes de julio y hacía un calor tórrido. Volaba en los aires un polvo blanco que sofocaba.

Los cuervos, erizadas las plumas, entreabierto el pico, parecían implorar caridad. Solamente los gorriones no dejaban su griterío y se perseguían piando con la vivacidad de siempre.

Me moría de sed. No tienen pozo los habitantes de esta aldea. Se conforman con el agua barrosa de un estanque cercano. A mí este limo me repugnaba y decidí pedir a Nicolai un vaso de "kvass" o de cerveza.

Sí, como dije, nunca es atrayente el aspecto de la aldea, durante el verano resulta absolutamente espantoso; la deslumbradora claridad del sol hace resaltar toda la fealdad de estos techos de paja. El barranco profundo, una plazuela quemada por el sol y donde se ven algunas gallinas héticas; luego el estanque negro, bordeado de lodo por un lado, y en el otro un dique en ruinas; y más lejos un ribazo donde un rebaño de ovejas busca una brizna de pasto.

Entré en la aldea. Me miraban los chiquillos con aire de asombro. Sus ojos se dilataban para verme mejor y los perros ladraban en todas las puertas. Minutos después llegaba al "prytinni".

Un campesino alto salió a la puerta. Estaba sin sombrero y retenía su capa de frisa un grueso cinturón. Su cara era flaca y una espesa cabellera gris dominaba su frente arrugada; llamaba a alguien y no parecía del todo dueño de sí, indicio cierto de abundantes libaciones.

—¡Ven! —gritaba con voz ronca y realzando las espesas cejas—. Parecería que no puedes arrastrarte siquiera. ¡Vamos, hermano, pronto!

El hombre a quien se dirigía era pequeño, rechoncho y cojo. Venía por el lado derecho de la "isba". Llevaba una larga túnica bastante limpia, un bonete muy puntiagudo, encasquetado, lo que le daba una expresión maliciosa. Una perpetua sonrisa, fina y amable, vagaba constantemente en sus labios.

— ¡Voy, querido! —dijo acercándose a la taberna—. ¿Por qué me llamas? ¿Qué ocurre?

—¡Ah!, ¿qué puede hacerse en una taberna, amigo? Hay gente que te espera: Iacka el Turco, Diki Barin y el capataz de Jisdra. Han apostado un cuarto de cerveza a ver quién canta mejor.

—Iacka va a cantar —dijo el recién llegado, es decir, Morgach.

—¿Verdad, hermano? ¿No será molestarse en vano?

—No —dijo el otro, Obaldoni—, cantarán. Hay una apuesta.

—Entremos, entonces —y agachándose pasaron el umbral de la taberna.

Esta conversación me interesó, porque había oído hablar de Iacka el Turco como de un gran cantor. Quise juzgar por mí mismo, alargué el paso y entré en la "isba".

No han entrado muchas personas en una taberna de aldea. Tal vez los cazadores las conozcan porque en todas partes se meten.

Esta clase de establecimientos se componen, ordinariamente, de una entrada oscura. Luego hay una espaciosa pieza dividida por un tabique. Nunca los clientes franquean esta separación, en la que se ha practicado una abertura que permite ver lo que sucede al otro lado. Hay una larga mesa de encina, y sobre esta especie de mostrador el dueño del "prytinni" sirve las bebidas. Detrás del tabique se ven las "chtofs" cuidadosamente tapadas. En la parte donde están los parroquianos no hay, generalmente, más que algunas barricas vacías, un banco y una mesa. Y suspendidas en la pared unas groseras "lubotchnyas" .

Mucha gente estaba ya reunida cuando llegué. Nicolai estaba detrás del mostrador, con su aire regocijado, y servía aguardiente a los que iban entrando.

En medio de la pieza estaba Iacka el Turco, hombre de unos veinticinco años, pálida y flaca la cara, de cuerpo delgado y largo. No parecía gozar de buena salud. Sus salientes pómulos, mejillas sumidas y ojos grises, denunciaban un alma apasionada.

Presa de una enorme emoción, temblaban todos sus miembros y su respiración era desigual. Le dominaba la idea de que iba a cantar en público. A su lado había un hombre de más o menos cuarenta años, alto y fuerte. Todo lo contrario de Iacka, sus anchas espaldas hacían juego con sus brazos nerviosos y fuertes. Algo cobrizo el cutis, como el de los tártaros. A primera vista su semblante parecía cruel, pero luego se advertía cierta dulzura reflexiva. Rara vez levantaba los ojos y entonces echaba una ojeada a su alrededor, como un toro bajo el yugo. Su vieja levita parecía raspada, de tan usada, y la corbata era ya

una simple hilacha. Así era el llamado Diki Barin por Obaldoni. Frente a ellos estaba sentado el capataz de Jisdra, el rival de Iacka.

Éste era un hombre de estatura mediana, bien formado. Tenía cara cenceña, crespos los cabellos, nariz levantada, era ojizarco y sedosa su barba. Hablaba poco, tenía las manos bajo las piernas, movía un pie, después el otro; y llamaba así la atención sobre sus botas coloradas y sin elegancia. Llevaba un "armiak" de tela gris sobre una camisa roja ceñida al cuello.

A través de la ventana penetraban pocos rayos de sol. Pero eran tales, en la "isba", la oscuridad y la humedad, que no se advertía aquella luz.

El calor sofocante del mes de julio se transformaba allí en una atmósfera de frescura húmeda que le envolvía a uno como en una nube.

Mi llegada molestó al principio a los parroquianos de Nicolai. Pero como vieron que éste me saludaba, todos se inclinaron.

Fui a sentarme en un rincón, al lado de un campesino andrajoso.

—¡Vamos! —gritó Obaldoni, después de haber vaciado de un sorbo su copa de aguardiente. Y añadió algunas palabras extrañas—. ¿Por qué no se comienza? ¿Qué dices, Iacka?

—Sí, empezad —dijo Nicolai.

—Eso quiero yo —dijo el capataz de Jisdra. Y sonrió con suficiencia.

—Yo también —respondió Iacka—. Empecemos en seguida.

—¡Vamos, hijos! —dijo Morgach con voz de falsete—. Hay que comenzar.

—¡Ya es tiempo! —exclamó Diki Barin. Iacka se estremeció.

El capataz, poniéndose en pie, tosió para tomar aplomo. Y preguntó a Diki Barin con voz alterada: —¿Quién ha de cantar primero?

—¡Tú, hermano, tú! —le gritaron al capataz. Movió éste los hombros y miró hacia el techo, callado, con actitud inspirada. Diki Barin propuso: —Que se eche a la suerte y se ponga el cuartillo de cerveza en la mesa.

Nicolai se agachó, levantó del suelo la medida indicada y la puso en el mostrador.

Diki Barin, mirando a Iacka, lo interpeló: —¿Pues bien?...

El joven se hurgó los bolsillos, sacó un "kopeck" y le hizo una marca. El capataz extrajo una linda bolsa de cuero y sacó una moneda nueva y ambas piezas se echaron en el mísero casquete de Iacka.

Morgach metió la mano en el casquete y sacó la moneda del capataz. Suspiró la asamblea; al fin se empezaría.

—¿Qué voy a cantar?

—Lo que tú quieras —se le replicó—. Nosotros vamos a juzgar honradamente.

—Permítaseme toser un poco, para aclararme la voz.

—¡Acabemos, acabemos! —gritó la asamblea—. ¡Despáchate!

El paciente miró hacia arriba, suspiró, removió las espaldas y dio algunos pasos hacia adelante. Antes de relatar la lucha entre ambos cantores, conviene conocer el carácter y los hábitos de los personajes que principalmente intervenían en la escena.

A Obaldoni, cuyo verdadero nombre era Evgraf Ivanof, le llamaban así los campesinos debido a su aire insignificante y siempre alterado. Era un picarón, un "dvoroni" despedido por su amo y que, sin un centavo en el bolsillo, se arreglaba para llevar una vida alegre. Tenía amigos, decía él, que le proveían de té y de aguardiente. Cosa falsa, porque Obaldoni no era de trato tan agradable que se le pudiese hacer regalos. Más bien fastidiaba con su charla continua, su familiaridad confianzuda y sus risotadas nerviosas. No sabía cantar ni bailar, nunca salió de su boca una palabra inteligente, y en las reuniones los campesinos estaban acostumbrados a verle y soportarle como un mal inevitable. Solamente Diki Barin tenía sobre él alguna influencia.

Nada se parecía Morgach a su camarada. Le habían puesto injustamente ese nombre, ya que no guiñaba los ojos. Bien es verdad que en Rusia hay tanta inclinación a poner apodos que no siempre resultan exactos.

Pese a todas mis investigaciones enderezadas a conocer el pasado de este hombre, ciertos períodos de su vida me son absolutamente desconocidos y no creo que los habitantes del país tengan más noticias que yo. Supe que había sido en otro tiempo cochero de una anciana señora y se había escapado con el par de caballos que le habían confiado. No se avino a los fastidios de la vida errante y al cabo de un año volvió todo maltrecho a echarse a los pies de su ama. Varios años de vida ejemplar hicieron olvidar su falta y hasta concluyó por congraciarse de nuevo la voluntad de la anciana, y ésta lo hizo su intendente. Después de morir su ama, se halló, no se sabe cómo, emancipado de la servidumbre, inscrito entre los burgueses. Se convirtió en colono, comerció, y al poco tiempo tenía una pequeña fortuna. Es hombre de gran experiencia, que sólo obra por cálculo y en beneficio propio. Es circunspecto y audaz como el zorro, parlanchín como una vieja. Nunca dice una palabra de más, pero hace decir a los otros lo que éstos hubiesen querido callar. No remeda a los imbéciles como hacen otros. Su mirada fina y penetrante sabe verlo todo sin dejarlo translucir. Es un verdadero observador. Cuando emprende un negocio, se creería que va a fracasar. Sin embargo, todo lo conduce con prudencia y termina por triunfar.

Es feliz, pero supersticioso, y cree en los presagios. Poco querido en el país, eso no le preocupa; se conforma con que le estimen. Tiene un solo hijo, al que cría en su casa. "Es padre igual que su padre", dicen los viejos cuando al anochecer, sentados a la puerta de sus casas, conversan de bueyes perdidos.

Iacka el Turco y el capataz eran bastante menos interesantes. Al primero, de sobrenombre "el Judío", se le puso este apodo por su madre. Era un artista, pero se veía obligado a ganarse el pan en una fábrica de papel.

El capataz era, sin duda, un burgués. Tenía el modo imperioso y decidido que suelen tener las personas de esta clase.

El más interesante y curioso era Diki Barin. Al verle por primera vez llamaba la atención la apariencia ruda de toda su persona. Su salud es la de un Hércules, como si lo hubiesen tallado a hachazos en una encina. Y en esta encina hay vida para diez hombres. Con su exterior grosero, hay en él cierta delicadeza, y quizá provenga ello de la confianza que le inspira su propia fuerza.

Difícil es juzgar, a primera vista, a qué clase pertenece. No parece un "dvorovi" ni un señor Juan Sin Tierra; tampoco puede ser un burgués; acaso un escritor o un ente particular. Un buen día llegó al distrito y se dijo que era un funcionario jubilado, pero sin prueba alguna. Tampoco conocía nadie sus medios de vida. No ejercía ningún oficio y, sin embargo, nunca le faltaba dinero. Como no se preocupaba por nadie, vivía tranquilamente. En ocasiones daba consejos, siempre atendidos.

De una vida casta, bebía moderadamente; su pasión era el canto. Este hombre era, en una palabra, un ser enigmático. Dueño de su prodigiosa fuerza, vivía siempre en un absoluto descanso, tal vez porque un secreto presentimiento le anunciaba que, si se dejaba llevar por ella, semejante fuerza destrozaría todo a su paso y tal vez al mismo que la tenía. Yo creo que algo le había dejado en este sentido la experiencia. Lo que más me sorprendía era la delicadeza de su sentimiento. unida a la crueldad innata. Nunca he visto semejante contraste.

Ahora volvamos al momento en que el capataz se adelantaba hasta el medio de la estancia. Entrecerró los ojos y comenzó a cantar con voz de falsete, agradable, pero no muy pura. La manejaba y hacía vibrar como se hace girar un diamante al sol. Ya eran notas ligeras, finas, ya algo como gotitas de agua cristalina. Dejaba llover melodías deslumbradoras o notas de órgano, grandiosas y altas. En seguida paraba, y luego de una pausa que daba apenas

tiempo para un respiro, reprisaba con una audacia arrebatadora. A un aficionado, la audición de esta voz lo hubiese transportado. Pero un alemán la hubiese hallado insoportable.

Era un tenor ligero, un tenor de "grazia" rusa. Añadía a la romanza tantos adornos, tantas florituras, tantos trinos de "grupetti", que me costó trabajo entender el sentido de los versos. Sin embargo, alcancé a entender el siguiente pasaje:

*Yo cultivaré, mi bella,*
*un cuadradito de tierra,*
*y te plantaré, mi bella,*
*flores de la primavera.*

No ignoraba el capataz que tenía que vérselas con expertos. Por eso gastaba todos sus esfuerzos para conmover a su auditorio. Lo consiguió perfectamente cuando, en una gama alígera, pasó de la voz de barítono a la de tenor. Diki Barin y Obaldoni no pudieron reprimir un grito de admiración.

— ¡Muy bien! ¡Más alto todavía!

Nicolai, sentado en el mostrador, movía la cabeza con satisfacción. Obaldoni marcaba el compás cadenciosamente con los hombros.

Estimulado así el virtuoso, echó una cascada de trinos y efectos de garganta. Era una verdadera caída de sonidos brillantes, hasta que, exhausto, volcó hacia atrás la cabeza dando un último grito. El auditorio unánime aplaudió frenéticamente. Obaldoni le saltó al cuello y lo enlazó con sus huesudos brazos, que por poco ahogan al cantor. La cara hinchada de Nicolai enrojeció juvenilmente y Iacka exclamó como loco:

—¡Ah, el bravo! ¡Qué bien ha cantado!

Mi vecino, el campesino andrajoso, decía golpeando la mesa con el puño:

—¡Qué bien estuvo! ¡Endiabladamente bien! —y escupía.

—¡Qué placer nos has dado! —seguía gritando Obaldoni sin soltar al capataz—. ¡Sí, has ganado! Iacka no tiene tu fuerza. —Y de nuevo abrazó efusivamente al cantor.

—¡Suéltalo! —le gritaron—. ¿No ves, bruto, que está rendido? ¡Anda! Te has pegado a él como una hoja mojada.

—Bueno, que se siente. Voy a beber a su salud. Extenuado el cantor, se dejó caer en un banco. —Cantas bien —dijo Nicolai recalcando la frase, como quien conoce el valor de sus palabras—. Ahora vamos a oír a Iacka.

—¡Sí, ha cantado muy bien, muy bien! —exclamó de pronto Polecka, la mujer del tabernero.

—¡Ah, esa cabeza cuadrada de Polecka! —dijo Obaldoni—. ¿Qué te pasa, Polecka?

Diki Barin le interrumpió:

—¡Insoportable bestia! ¿Vas a callarte?

—Yo no hago nada —rezongó Obaldoni—. Si... so. lamente que...

—Basta, cállate.

Y Barin se dirigió a Iacka: —Empieza, hermano.

—No sé lo que es, pero tengo algo aquí, en la garganta. No puedo...

—Nada de remilgos —dijo Nicolai—. Y procura cantar tan bien como el capataz.

Se quedó Iacka durante un rato con la cabeza entre las manos, luego se recostó en la pared. Tenía el rostro pálido como el de un muerto y los ojos abiertos a medias.

Lanzó un largo suspiro y empezó.

Primero fue un sonido débil, tembloroso, algo como un vago y lejano eco. Produjo una singular impresión.

Siguió un sonido más amplio, más atrevido; con admirable destreza el artista abordó el tono alto. Sabía gobernar su voz e hizo vibrar las notas con extraordinario talento.

Todos nos maravillamos cuando entonó este canto melancólico:

*Muchos senderos llevan*
*al bosque florecido.*

Estas palabras hicieron gran efecto. Rara vez había oído una voz tan bella expresar tan bien los acentos de la pasión y de la desesperación, de la calma y de la dicha. Era realmente un canto ruso, una romanza que tocaba el corazón.

Iacka se animaba más y más, se dejaba llevar por la inspiración que lo dominaba y que comunicaba a sus oyentes.

Recordé un día en que yo estaba, a la hora de la pleamar, en una playa donde las olas venían a deshacerse tumultuosamente. Una gaviota de blancas alas bajó a posarse cerca de mí. Estaba vuelta hacia el mar cubierto de púrpura, y de cuando en cuando abría sus grandes alas como saludando a las olas y al disco del sol.

Este recuerdo acudió a mi memoria mientras miraba a Iacka, inmóvil ante nosotros y dando toda su alma en la voz y encantándonos con sus hermosas melodías.

Cada una de sus graves notas tenía algo de grande, de vago, como el horizonte de nuestras estepas. Ya me subían las lágrimas a los ojos, cuando alguien empezó a sollozar cerca de mí. Me di la vuelta; era la mujer de Nicolai, que lloraba apoyándose en la ventana.

Iacka miró hacia ella, y desde ese momento su voz fue aún más bella y arrebatadora. Estábamos todos sobreexcitados. No sé cómo habría concluido aquello si el cantor no se hubiese parado en medio de una nota alta.

Nadie se movió. Nadie dijo una sola palabra. Iacka nos había transportado a un mundo nuevo.

—Iacka —dijo al fin Diki Barin poniéndole una mano en la espalda. Pero no pudo decir más.

El capataz, levantándose, se aproximó, y balbuceó penosamente:

—Tú..., eres tú..., ganaste... Y en seguida salió afuera.

Apenas se hubo marchado, el encantamiento en que estábamos sumergidos empezó a disiparse. Obaldoni dio un salto, procurando reír y agitando sus largos brazos. Morgach felicitó al artista y Nicolai no pudo menos que ofrecer un segundo cuartillo. Diki Barin era feliz y la sonrisa que vagaba en sus labios contrastaba singularmente con la expresión habitual de su rostro.

En cuanto al campesino de los andrajos, lloraba como un niño, y de cuando en cuando le oíamos exclamar:

—¡Que sea yo un hijo de perra si éste no ha cantado bien!

El cantor gozaba su triunfo. Hizo que buscaran al capataz. Pero no se le encontró. Obaldoni llevó a Iacka hasta el mostrador, clamando:

—¡Sigue cantando, canta hasta la noche!

Me retiré después de mirar una vez más a Iacka. Afuera el calor era excesivo, la atmósfera de fuego. En el azul del cielo se hubiera dicho que vagaban puntos luminosos.

No se escuchaba ruido alguno. Y esta calma aumentaba más aún la hermosura de la naturaleza. Agobiado por la fatiga, llegué hasta un cobertizo, donde me tendí sobre las hierbas que acababan de cortar. Tenía el heno un aroma embriagante. Tardé mucho en dormirme. El canto de Iacka resonaba en mis oídos. Pero el cansancio y el calor me dominaron. Desperté cuando ya era de noche. Los últimos resplandores del crepúsculo huían en el horizonte, algunas estrellas brillaban con vivo fulgor. Perduraba en la temperatura mucho calor del día, y con el pecho oprimido se ansiaba un soplo de aire.

En la aldea se encendieron algunas luces, y la ventana de la taberna estaba plenamente iluminada. Llevado por la curiosidad, me dirigí hacia la casa de Nicolai. Miré a través de los cristales y tuve una impresión de repugnancia. Aquellos a quienes había visto por la tarde estaban todavía, pero en completo estado de embriaguez. Iacka tartamudeaba una especie de canción, mientras el campesino andrajoso y Obaldoni intentaban bailar.

Solamente Nicolai, en su carácter de tabernero, conservaba su dignidad. Había algunas personas nuevas, pero Diki Barin ya no estaba.

Dejé la ventana y descendí de la altura en que está la aldea.

Ondas de bruma inundaban la llanura y parecían confundirse con el suelo. Andaba a la ventura, cuando una voz infantil sonó en el oído:

—¡Antropka! ¡Antropka!

La voz callaba, para empezar de nuevo. Resonaba en medio del silencio nocturno. Por lo menos treinta veces se obstinó en gritar. Al fin, desde lejos, en la llanura, alguien respondió:

—¿Qué? ¿Qué... é... é...?

—¡Ven para que padre te pegue! —gritó la criatura.

Ya no hubo respuesta. El niño siguió llamando. incansablemente. Me alejé y di la vuelta a un bosque que precede a mi aldea. La oscuridad era profunda; el nombre de Antropka se oía aún, muy débilmente, en la lejanía.

## VI

## EL ENANO KACIANO

Volvía de una cacería en una mala "telega" y me agobiaba el calor de un día nebuloso. Dormitaba sometido con resignación a las sacudidas del vehículo, cuyas ruedas levantaban una polvareda fina, que nos envolvía.

Llamó de pronto mi atención la inquietud del cochero, que hasta ese momento iba más tranquilamente adormecido que yo. Tiró de las riendas, se volvió mirando y pegó a los caballos.

Viajábamos por una llanura labrada y chocábamos a cada instante con montículos no aplanados por el arado. No veíamos casa alguna, y solamente montecillos de abedules cortaban, con sus redondeadas copas, la línea del horizonte. Estrechos senderos serpenteaban en toda la extensión de los campos, a través de los montículos. Alcancé a distinguir, entre la polvareda, cerca de nosotros, lo que había sorprendido al cochero.

Era un cortejo fúnebre. Delante, en un carrito tirado lentamente por el caballo, iban un sacerdote y un subdiácono, que tenía las riendas; en seguida el ataúd, llevado por cuatro hombres, y atrás dos mujeres. Una de éstas cantaba, con tono monótono y triste, una letra mortuoria.

Quiso mi cochero cortar camino, castigó a los caballos y logró pasar antes que el cortejo. Pero apenas habíamos andado doscientos metros, la "telega" se paró de golpe, se inclinó y por poco no volcamos.

Después de contener a los caballos, el cochero escupió, rabioso.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Se partió el eje. Nos ha traído desgracia este entierro.

Bajé, muy preocupado de cómo saldríamos del paso. El cochero la tomó con los caballos. Una rueda estaba casi metida bajo el carro, y él eje parecía mostrarse al aire con una suerte de desesperación.

—¿Qué hacer ahora?

Mientras tanto, el cortejo fúnebre llegaba hasta nosotros. Nos descubrimos y nos miramos con los que llevaban al muerto. Una de las dos campesinas era una vieja pálida, pero su fisonomía estragada por el dolor conservaba una expresión digna y severa. La otra, mujer joven, de unos veinticinco años, tenía los ojos enrojecidos y la cara hinchada de tanto llorar. Al pasar junto a nosotros suspendió su cantinela, que reanudó mementos después. El cochero me informó:

—Entierran al carpintero Martín. Una de esas mujeres es la madre, y la otra la viuda.

—¿Murió de enfermedad?

—Sí, de una fiebre maligna. Anteayer fueron por el doctor, pero no le encontraron. Martín era buen obrero; algo atolondrado, pero sabía su oficio. ¡Cómo ha llorado su mujer! En fin, siempre lo mismo. Las mujeres no necesitan comprar lágrimas. Y por cierto, las lágrimas de las mujeres todas son de la misma agua.

Hecha esta reflexión, se agachó junto al caballo, pasó por debajo de la lanza y cogió el arco que está bajo la collera.

"¡Quién sabe cómo nos arreglaremos!", dije entre mí.

El cochero acomodó el caballo, le aseguró mejor el arnés y se puso luego a contemplar la rueda maltrecha. Sacó una tabaquera, levantó despaciosamente la tapa, metió sus gruesos dedos en la caja y restregó la pulgarada de rapé. Luego frunció las narices y aspiró.

Acabada esta operación, hizo un horrible visaje, varios guiños, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y bien? —le interrogué.

No me hizo caso. Guardó su tabaquera y se quedó absorto. Al rato subió a su asiento.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté con asombro.

—Subid, señor.

—¡Pero no podremos andar!

—Iremos.

—¿Y el eje?

—Subid. El eje está roto, pero podremos llegar hasta la aldea de Judino.

—¿Crees que podremos llegar hasta allí?

El rústico no se dignó responderme. Castigó los caballos, y fuese como fuese, alcanzamos la aldea. La componían siete "isbas". Al entrar no hallamos un solo ser viviente. Ni siquiera gallinas. Fui hasta la primera "isba", llamé, nadie respondió. Volví a llamar y se oyó el maullido de un gato. Me asomé a la primera pieza, que estaba oscura y con humo.

Volví al patio... Nada. Solamente un ternero y un ganso.

Fui a explorar la segunda "isba". Me pareció que en el patio había un ser humano que dormía. Cerca de él un mal carro y un jamelgo con el arnés remendado. Más allá, unos estorninos me observaban con apacible curiosidad.

Me acerqué al durmiente para despertarle. Se levanté con sobresalto y balbuceó, procurando despertarse del todo:

—¿Qué hay? ¿Qué quiere usted?

Tanto me sorprendió su aspecto, que no pude responderle. Imaginaos un enano como de cincuenta años; de carita morena y arrugada, puntiaguda nariz, ojos imperceptibles, una mata espesa de cabellos negros desbordando de la cabeza como un hongo del tallo. Flaco, y mísera, su mirada era tan extraordinaria que no puedo describirla.

—¿Qué queréis? —preguntó.

Escuchó mi explicación sin quitar ni un instante de mí sus ojos, de guiño singular.

—Quiero un eje de rueda; pagaré lo que sea.

—¿Sois cazadores?

Hizo esta pregunta mirándonos de pies a cabeza.

—Sí.

—¿Cómo es posible que no temáis matar los pájaros del cielo y les animales de los bosques? ¿Ignoráis que es un pecado derramar sangre inocente?

Hablaba con mucha claridad. No era su voz ni rústica ni vacilante, pero tenía una suerte de dulzura que la asemejaba a la voz de una mujer.

—No tengo eje —añadió mostrándome su carro—. Solamente de muy mala calidad.

—Pero alguno podrá hallarse en la aldea.

—¿En qué aldea? Esto no es aldea, y todo el mundo está en su trabajo; seguid vuestro camino.

Y diciendo esto se puso en cuclillas sobre el suelo quemante.

Yo no podía consentir semejante conclusión.

—Escucha, buen hombre. Voy a pedirte un servicio. Le pagaré bien.

—No quiero vuestro dinero y tengo ganas de descansar, porque me fatigué mucho en mis diligencias de la ciudad.

—Te ruego que me escuches, amigo.

Entrecruzó las piernas delgaduchas, y luego de reflexionar:

—Yo podría llevarte hasta el lugar donde hemos vendido un corte de árboles; allí encontrarás obreros y podrás encargar que te hagan un eje, o comprar uno ya hecho.

—Bien, muy bien. ¡Vamos!

— ¿Un buen eje de encina? —prosiguió.
—¿Está lejos de aquí ese lugar?
—Tres "verstas".
—Podremos ir en tu carrito.
—No sé.
—Vamos, vamos, mi cochero espera en el camino. Me costó un trabajo inmenso arrastrarle fuera del patio. Mi cochero estaba con un humor de todos los diablos. Había llevado los caballos al abrevadero y encontró un agua detestable. De ahí su cólera; porque, según los cocheros, el agua es lo primero del mundo. Al ver al enano, abrió mucho los ojos y exclamó
— ¡Ah! ¡Kacianucho, buen día!
—Buen día, Jerofe; salud, hombre justo.
En seguida comuniqué al hombre justo la conducta de Kaciano. Mientras él desenganchaba los caballos, mesuradamente pero con gusto, el enano se apoyaba en la puerta cochera. Su expresión desatenta y enojada demostraba cuánto le desagradaba nuestra irrupción en la casa.
—¿De modo que te han traído aquí? —le preguntó Jerofé.
—Como ves.
—¿Sabes? Martín, Martín de Reabof, el carpintero...
—¿Qué?
—Ha muerto. Acabamos de encontrarnos con su entierro.
Kaciano se estremeció.
—¿Muerto? —exclamó bajando la cabeza.
—¿Por qué no le curaste? Se dice que tienes poder para aliviar todas las enfermedades.
El cochero se divertía a costa del pobre enano. —¿Ese es tu coche? —dijo mostrando el pequeño vehículo.
—Sí.
—Es notable; con eso no llegaremos nunca al lugar del corte. Mis caballos no podrán encajar porque son grandes. ¿Y qué vale esto?
Así diciendo, zamarreó el vehículo. Kaciano dijo: —Realmente no sé cómo podríamos ir. A menos que atemos esa pequeña criatura.
Y señaló su caballo.
—¿Esto? —preguntó burlonamente Jerofé, mientras daba una humillante palmadita en el cuello del animal.
—Es preciso, enganchar lo más pronto posible ese matalón.
Me urgía llegar, porque durante los cortes hay con frecuencia gallos silvestres y codornices. Cuando el carrito estuvo listo, me instalé como pude con mi perro. Kaciano, envuelto en una manta y siempre triste, se puso junto a mí. Jerofé me dijo, cuando íbamos a partir, con aire misterioso:
—Hacéis bien en llevar a Kaciano. Es un "iurodwetz" . Su influencia es mucha en estos lugares. No sé por qué le dicen "la Pulga". Lo único que debéis exigirle es que os conduzca al corte. Elegid vos mismo el eje.
—¿Habrá pan por allí? —preguntó Jerofé a Kaciano.
—Busca y encontrarás —le respondió sentenciosamente nuestro mentor.
Para sorpresa nuestra, su caballo trotaba bastante bien. Durante todo el trayecto, Kaciano guardó un silencio terco, y apenas respondía a nuestras preguntas. Llegamos al corte y de allí fuimos a una "isba" aislada, al borde de un riachuelo transformado en estanque. Había allí dos jóvenes de palabra insinuante, viva, y sonrisa delicada. Les compré un eje, y Kaciano, cuando volví al lugar del corte, me pidió que le permitiese acompañarnos a la cacería.

Entramos en la explotación. Kaciano me llamaba más la atención que el perro. Advertí, observándole, que el mote de "Pulga" le convenía exactamente. La masa enorme de sus cabellos le servía de sombrero; la cabeza aparecía y desaparecía entre las ramas como podría ocurrir con una pulga en un manojo de pasto. Sin cesar iba y venía, arrancaba hierbas, medicinales, que se metía en el bolsillo, pronunciando palabras incoherentes. Alguna vez se detenía y echaba sobre mí y sobre mi perro una mirada escrutadora.

En los montes suelen hallarse unos pajarillos de color ceniciento, que revolotean, gorjean y saltan de un árbol a otro. Kaciano les imitaba y les llamaba. Una codorniz le pasó entre las piernas gritando. La remedó. Empezó una alondra a cantar ruidosamente. Kaciano hizo lo mismo. Pero entretanto no me decía una sola palabra.

El día se puso hermosísimo, aunque con calor sofocante. En el cielo algunas nubes ligeramente amarillas, semejantes a nieve de primavera, recortaban sus bordes de encaje.

Kaciano y yo anduvimos mucho por la espesura. Arbolillos nuevos, que apenas alcanzaban un metro de altura, circundaban viejos troncos de árboles secos y les formaban un velo de verdura.

Nuestros pies se enredaban a cada momento en las lianas henchidas por el sol; las hojitas nuevas de los arbustos tenían un brillo de cobre, las flores cubrían el suelo. Había campánulas, pequeños cálices amarillos de glaucios, pétalos rosados de celidonia. Acá y allá, en espacios aislados, pilas de madera cortada proyectaban sombras oblicuas.

Por momentos se alzaba un vientecillo que en seguida cesaba, después de acariciarme la cara. Todo se agitaba alegremente, animándose a mi alrededor. Las hojas de los helechos se balanceaban con gracia durante un instante y luego permanecían inmóviles. En la tranquilidad y el silencio, sólo el canto de los brillos continuaba sin parar, agudo, penetrante, como acompañando el calor tórrido del día y emanado también de la tierra quemante.

Después de haber caminado mucho sin cazar ni una perdiz, pasamos al corte vecino. Allí los álamos cortados yacían en el suelo sobre ramas y gramillas aplastadas. Algunos tenían todavía algún follaje verde, otros sólo extendían ramas resecas y muertas. Los hachazos resonaban sordamente, con lentitud. Se hubiera dicho que estos grandes seres tenían miedo a , la muerte.

Después de andar mucho sin encontrar caza posible, vi un rascón que levantaba vuelo desde la espesura. Disparé un tiro, el ave dio una vuelta un rato y cayó. En el momento de la detonación. Kaciano se tapó los ojos con las manos, inmóvil, mientras yo buscaba la presa. Luego examinó el sitio donde había caído el rascón y dijo:

— ¡Qué pecado! ¡Es un verdadero pecado!

Nos obligó el excesivo calor a buscar sombra. Me instalé bajo un ramaje de castaño, junto al cual un joven plátano extendía sus ramitas ligeras. Kaciano se sentó en el tronco caído de un abedul. Me puse a observarle. Las cimas de los árboles proyectaban sombras verdosas sobre su cara y su cuerpecillo mísero. Fastidiado de su silencio, me tendí de espaldas y me divertí en contemplar el juego de las hojas al entrecruzarse y combinarse con movimiento suave sobre el fondo inmóvil del cielo azul.

Es un espectáculo encantador. Se puede imaginar que tenemos delante el océano, con plantas fantásticas, de hojas que cambian su verde diáfano por otro verde opaco. Islas flotantes son las nubes que pasan. De pronto, el éter radiante se agita y murmura, y hace un ruido semejante al de las olas que van a morir en la playa.

Este espectáculo llena el alma, todo ese azul hace reír de contento. En las brillantes nubes que pasan y huyen pueden imaginarse los años de felicidad, y parece que el pensamiento os llevase más y más hacia regiones donde uno quisiera quedarse.

—¡Barin, barin! —gritó súbitamente Kaciano. Me levanté sorprendido. Ahora me dirigía la palabra, este hombre que hasta entonces apenas si había respondido a mis preguntas. Y mirándome a los ojos, dijo:

—¿Por qué ha matado este pájaro?

—El rascón —le respondí— es un ave de caza: se come.

—Tú no le mataste para comer, lo mataste para divertirte.

—También tú comes patos y gallinas.

—Son aves que Dios ha hecho para el hombre, y, en cambio, el rascón es un pájaro libre, un pájaro de los bosques. Hay muchos pájaros como éste y no debemos hacerles daño. Dios puso para el hombre otros alimentos, el trigo nutritivo, los animales domésticos, como tenemos también el agua del cielo.

Examiné con curiosidad a este hombre original que me predicaba así. Las palabras le salían fácilmente y tenía un aire de gran convicción.

—¿De suerte que sería asimismo un pecado matar un pez?

—Un pez tiene la sangre fría —replicó—. Es una bestia muda que nada siente, ni ve nada.

Guardó silencio un rato y luego prosiguió:

—La sangre es un elemento sagrado. Por eso se esconde y no ve la luz. El santo sol de Dios nunca la baña con su luz. Es un gran pecado ponerla a la claridad del día. ¡Es algo atroz!

Suspiró y se quedó callado. Confieso que me intrigaba. Difería su lenguaje del que yo estaba acostumbrado a oír a los campesinos rusos, y hasta sobrepasaba en elegancia el de aquellos que en nuestro trato urbano consideran que hablan bien.

—Dime, Kaciano —le interrogué con actitud suplicante—, ¿en qué te ocupas?

Se turbó algo:

—Vivo como Dios ordena; pero, en lo de tener un oficio, no tengo ninguno. Bien quisiera trabajar, pero no puedo. Mis manos son torpes. Durante la primavera atrapo ruiseñores en sus nidos.

—¡Cómo! ¿Cazas ruiseñores? ¿No acabas de decirme que no se debe pecar contra ningún huésped de los bosques, de los prados o de las montañas?

—No se los ha de matar, es cierto; demasiado a prisa viene la muerte a reclamar lo que se le debe, y por eso vivió poco tiempo el carpintero Martín, y su mujer llora... Contra la muerte, los hombres ni los animales nada pueden. Yo no mato los ruiseñores; solamente los apreso para el placer del hombre, para que se deleite con sus cantos, para que los ame.

—Sin duda los buscas en los alrededores de Kusk.

—Sí, aunque a veces más lejos. Paso la noche en los pantanos, duermo solo en el boscaje, junto a las espesuras del follaje. Allí escucho el canto de los pájaros, el ganguear de los patos salvajes. Observo, y al alba pongo mis trampas. Hay ruiseñores que cantan con tal dulzura, tan finamente, que me duele cazarlos.

—¿Y vendes tus cautivos?

—Los doy, barin, a gente buena.

—Además de eso, ¿qué haces?

—Y... nada, por desgracia. Soy mal obrero, y, sin embargo, sé leer y escribir.

—¿De veras?

—Sí, personas de buena voluntad, socorridas por Dios, me han enseñado lo poco que sé.

—¿Tienes familia?

—No, soy solo.

—¿Cómo es posible?

—Me faltó suerte en la vida; pero como mis desdichas agradan a Dios, no debo quejarme.

—¿No tienes ningún pariente?

—Sí..., sí y no.

—Dime, te lo ruego, ¿por qué el cochero te echó en cara que no hubieses curado a Martín? ¿Te asiste el poder de aliviar a los enfermos?

—Tu cochero es un hombre justo, pero no impecable. ¿Quién, fuera de Dios, tiene poder para sanar enfermos? Hay, es verdad, hierbas salutíferas que amenguan el mal; por ejemplo, la pimienta de agua y el llantén. De ellas se puede hablar, porque son plantas del buen Dios; otras hay, útiles también, pero no se puede decir el nombre que llevan, porque sería pecar. Además, hay palabras que se necesitan decir, y entonces...

Se contuvo, y luego añadió en voz baja:

—Lo necesario, sobre todo, es la esperanza.

—¿Nada le suministraste a Martín?

—No, me previnieron demasiado tarde. De todos modos, lo que está escrito debe suceder, los marcados por la muerte deben perecer: ya el sol no les manda su calor, hasta el pan deja de servirles. ¡Que Dios tenga piedad del pobre hombre!

—¿Hace tiempo que os han traído aquí?

—Unos cuatro años —repuso Kaciano con cierta agitación—. En tiempo de nuestro difunto señor, vivíamos sin previsión ninguna. Pero la tutoría nos trajo aquí. No incurrió en falta, estaba escrito.

—¿Dónde estabais antes?

—Vivíamos en la hermosa Mecha.

—¿Lejos de aquí?

—Cien "verstas".

—-¿Y allí estabais mejor?

—Sí, mucho mejor. Allí hay campaña abierta, grandes ríos, y era nuestro país. Aquí estamos en la estrechez y somos huérfanos. En la hermosa Mecha, cuando se asciende la colina, se tiene delante un paisaje espléndido. ¡Dios mío! ¡Ah, cuánta hermosura! Podían contemplarse ríos, ribazos, praderas, una iglesia. Se veía hasta lejos, hasta muy lejos. Sin duda, aquí la tierra es mejor, más gorda y arcillosa, y produce mucho; pero en todas partes se da trigo suficiente para mí.

—¿Quisieras volver a ver tu país, buen hombre? —Sí, lo deseo. Sin embargo, en cualquier parte se está bien. Soy hombre sin familia, a quien le gusta andar a la ventura. Además, ¿qué se gana con quedarse en la propia tierra? Al menos, cuando uno anda se siente más liviano, el sol os calienta más y estamos más bajo los ojos del Señor. Se ven crecer las plantas alrededor, se recogen algunas. Luego se encuentra un manantial, sale agua santa, se la bebe, se contempla el sitio. Los pájaros gorjean y cantan. ¡Ah!, sobre todo en Kursk..., las estepas. ¡Qué estepas! He ahí lugares para la admiración y la alegría del hombre. Allí el alma se eleva en alabanzas al Creador. Se dice que las estepas se extienden hasta los mares calientes, donde vive el "gamaium" de canto dulce, y donde las manzanas de oro cuelgan de ramas de plata. Todo hombre puede allí vivir y pasar sus días en la alegría y la justicia. Allí llevaría yo de buena gana mi hogar. ¿Dónde no estuve ya? He visto a Limbirsk, a Romen, a Moscú, la ciudad de las cúpulas de oro. He visto a Oka, esa fértil nodriza, a Isna, la paloma, el Volga, la buena madre. He visto muchas ciudades, con mucha buena gente. Hubiera podido vivir por allá... y entonces... ya... Yo no soy el único pecador; hay muchos campesinos que, como yo, vagan a través del mundo... Sí... ¿Y qué gana uno quedándose en su lugar?... No hay justicia en el hombre.

Kaciano pronunció estas últimas palabras en voz muy baja, casi ininteligible. Murmuró todavía algunas palabras; en su semblante hubo una expresión tan extraña, que involuntariamente el mote de "inocente" me volvió a la memoria. Meneó la cabeza y pareció volver a sí mismo.

— ¡Qué sol! —exclamó—. ¡Qué bien se está en los bosques.

Movió los hombros, miró a su alrededor y canturreó una canción, de la cual sólo entendí estas palabras

*Por mi nombre soy Kaciano,*
*pero me llaman la Pulga.*

— ¡Ah!, compone versos —dije para mí.
Pero él me oyó y se puso a mirar atentamente hacia el fondo del bosque.
En esto vi a una niña de unos ochos años. Estaba vestida de azul y graciosamente tocada con un pañuelo rayado. Probablemente no esperaba encontrar a nadie, porque al vernos se quedó inmóvil en medio del bosquecillo de avellanos, sin animarse a avanzar ni acertar a retroceder. Nos miraba temerosamente, con sus grandes ojos almendrados. Apenas tuve tiempo de examinarla. Se escondió detrás de un árbol.
—Anucka, Anucka, ven —dijo el enano con dulzura.
—Tengo miedo —dijo ella.
—No..., ven conmigo.
Anucka salió silenciosamente de su escondite, haciendo un rodeo. Se oía apenas el rumor de sus piececillos sobre el césped.. Llegó junto a él. No era, como yo había pensado, una criatura de ocho años, sino una encantadora niña de catorce a quince. Aunque algo delgada, era bien proporcionada y muy ágil. Su diminuta figura tenía alguna vaga semejanza con el aspecto de Kaciano, aunque éste era feo. Ambos tenían los mismos rasgos agudos, la misma mirada extraña y espiritual. Kaciano la miró con mucha atención.
—¿Recogías hongos?
—Sí —dijo con una sonrisa tímida.
—¿Encontraste muchos?
—Sí, bastantes.
—¿Los encontraste blancos? Muéstranos tu coseche.
Puso en el suelo su canasta; y destapándola, nos mostró lo que había recogido. Kaciano exclamó:
—¡Son lindos! ¡Muy bien, Anucka!
—¿Es tu hija? —pregunté a Kaciano. Anucka se sonrojó.
—No —dijo Kaciano—, una parienta... Vamos, Anucka, vete.
—Podemos llevarla —me aventuré a decir.
—No, no, puede ir igualmente a pie.
Anucka se fue. Los ojos de Kaciano la siguieron durante largo rato, con mirada que tenía algo de dulce y delicado. Luego sonrió, levantó la cabeza y se frotó la cara.
—¿Por qué la hiciste irse tan pronto? Yo le hubiese comprado hongos. ¡Qué encantadora criatura! —Si queréis hongos, hay muchos en mi casa —repuso Kaciano con fastidio.
Comprendí que nada le haría confesar y volví al lugar del corte. Había disminuido el calor; escrito estaba que mi cacería no sería afortunada. Volví con un buen eje de rueda, pero sólo con un rascón en el morral.
—Tal vez yo tengo la culpa de tu poca suerte. Ahuyenté la caza.
—¿Y cómo?
En vano procuré persuadir a Kaciano que si yo volvía sin caza no se debía a tales o cuales palabras que hubiese pronunciado al arrancar ciertas hierbas. Llegamos a su casa. Anucka no estaba allí. Pero había vuelto ya y dejado su canasta.
Mi cochero examinó el eje y le encontró pasable. Al irme dejé algún dinero a Kaciano, que no le aceptó sino después de haberle reflexionado largamente. Como siempre, permaneció apoyado en la puerta, insensible a los sarcasmos de Jerofé y a mi amable despedida.

Al volver a la casa de Kaciano pude observar que mi cochero estaba de muy mal humor. No había encontrado nada para comer en la aldea y el abrevadero de los caballos estaba seco. Su descontento se le veía en la cara. Aguardó que yo iniciara
la conversación y se limitó luego a articular algunos monosílabos.
—¡Linda aldea! —dijo—. ¡Llamar a esto una aldea! Ni siquiera hay "kwass"...
La tomó con los caballos. Al de la derecha le dijo, pegándole
— ¡Te conozco, hipócrita! Finges que tiras. Antes eras un buen animal, ahora eres un pícaro. ¡Lah... lah... lah!...
—Jerofé —le interpelé— ¿quién es este Kaciano? Como hombre reflexivo y prudente, no respondió en seguida. Pero advertí que mi pregunta le agradaba.
—¿La Pulga? Es un hombre extraño, un inocente que no tiene igual. Dejó el trabajo. Verdad que con semejante cuerpo... En otro tiempo se ocupaba, con sus tíos, de coches y caballos. Pero un buen día lo plantó todo. Desde entonces siempre anda y se remueve. Bien merece su mote de Pulga. Más libre que las cabras, va, viene, habla, tan pronto hace un largo discurso como se queda callado durante horas. Es un hombre extraordinario, desigual. Pero canta bien. ¡Oh, sí, canta muy bien!
—¿Y es médico?
—¿Semejante individuo médico? ¡Vamos, vamos! Sin embargo, me curó de lamparones. Es un hombre sin ingenio y no es médico.
—¿Lo conoces desde hace tiempo?
—Sí.
—Y la pequeñuela Anucka, ¿quién es? ¿Parienta suya?
Me miró el cochero de soslayo.
—¿Su parienta?... Es huérfana... No se conoce a su madre. Pero el enano parece quererla mucho. Por otra parte, es una chica lista, inteligente, y Kaciano la instruye.
Se interrumpió bruscamente, y luego dijo: —¡Caramba! Olor a quemado. Comprendo, es el eje nuevo... El eje se quema... Voy a buscar agua a ese estanque.
Bajó lentamente de su asiento, fue a traer agua y pareció sentir un placer inmenso cuando se oyó un silbo en el eje empapado de golpe.
Repitió diez veces la misma operación en el recorrido de ocho "verstas"'. Caía la noche cuando llegamos a mi casa.

## VII

## EL MIEDO

—Debo advertiros, barias, que se nos acabó el plomo —dijo Jermolai entrando en la "isba".

—¿Cómo? —exclamé saltando de la cama—. Habíamos traído más de treinta libras, más de una bolsa.

—Es verdad, señor. La bolsa es grande, pero no sé si se habrá agujereado. Lo cierto es que apenas queda para diez tiros.

—¿Qué hacer? No hemos recorrido aún los lugares mejores, y mañana nos cruzaremos por lo menos con diez bandadas.

—Si queréis voy en seguida a Tula. No está lejos, treinta y cinco "verstas" cuando más; voy en un relámpago y os traigo pronto cuarenta libras.

—¿Cuándo irás?

—En seguida. Sólo que han de alquilarse caballos.

—¿Por qué si los tenemos?

—No podemos servirnos de ellos, uno cojea horriblemente.

—¿Qué le ha ocurrido?

—El cochero lo llevó a que lo herrasen. Pero volvió y no podía tener la pata en el suelo. Un asno, el herrador.

—¿Le han quitado la herradura, por lo menos?

—No creo, pero será preciso hacerlo, porque se le metió un clavo en lo vivo.

Hice llamar al cochero, quien confirmó las palabras de Jermolai.

Ordené que quitaran al caballo la herradura, y se le puso la pata envuelta en greda húmeda. —Bien, voy a alquilar caballos para ir a Tula.

—No me parece probable que encuentres caballos en semejante lugarejo.

La zona donde estábamos era de lo más miserable. Sus habitantes parecían haber soportado una larga carestía. Las casas eran sucias y nos costó un trabajo enorme encontrar una "isba", si no blanca, siquiera no del todo mugrienta.

—Espero que habrá caballos —dijo Jermolai—. Habláis con burla y desprecio de esta aldea. Sin embargo, en otro tiempo hubo aquí un rico granjero que tenía nueve caballos y gran número de sirvientes. Hoy está su hijo: un bestia entre las bestias. No ha derrochado todavía todos los bienes que le dejó su padre, pero no tardará en hacerlo. Le quedan algunos caballos y podría prestármelos. Tiene hermanos que son algo mejores, pero deben someterse al mayor. Os le traeré aquí.

Mientras Jermolai se iba, medité la conveniencia de ir yo mismo a Tula. Mi confianza en él no era grande. En curta ocasión le había enviado a la ciudad para hacer algunas compras. Debía ir y venir en el mismo día. Durante ocho días estuve aguardándole, y al final regresó sin haber cumplido con los encargos. Se había bebido el dinero en la taberna. Tampoco trajo mi carro. Por otra parte yo conocía a un chalán que podría venderme un caballo para reemplazar al herido. Cuando lo había decidido, llegó Jermolai:

—¡Aquí está! —exclamó entrando en la "isba". Junto a la puerta había un campesino alto, con camisa blanca y pantalones de tela azul. Con su barba rojiza, su nariz gruesa y fofa, su boca entreabierta, tenía un aire de inocencia y de estupidez.

—Tiene caballos —dijo Jermolai— y está dispuesto a todo.

—Eso según sea —murmuró el granjero con voz vacilante, dando vueltas al gorro—. Yo... quiero...

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Que cómo me llamo?

Pareció reflexionar profundamente. Y al fin:

—Me llamo Filofei.

—Está bien. Ocurre lo siguiente. Queremos caballos; los tienes. Préstalos para engancharlos a nuestra "telega". Vamos a Tula. El tiempo está fresco. ¿Te parece que tendremos buen camino?

—Creo que sí. Por otra parte, no dista mucho de aquí. Veinte "verstas". Solamente hay un sitio trabajoso. Un vado.

—Pero ¿vos mismo iréis a Tula, señor? —me preguntó Jermolai sorprendido.

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó él golpeando la puerta con despecho.

Para él ya no tenía interés el viaje a Tula, puesto que iría yo.

—¿Conoces el camino? —pregunté a Filofei.

—¿Cómo no he de conocerlo?... Que vuestra voluntad se cumpla. Sin embargo, no puedo, así no más...

Jermolai sólo le había dicho: "Se te pagará bien, no tengas miedo."

Por más imbécil que fuese Filofei, no se conformó con dicha promesa. Me pidió cincuenta rublos; le ofrecí diez. Discutimos.

—No conoce el valor del dinero —dijo Jermolai. Y me recordó que una casa de huéspedes; establecida por su madre, se había hundido porque uno de sus dependientes no conocía el valor real de las monedas.

—Eres un verdadero "filofei" —le dijo mi compañero de cacería.

Algo ofendido por esta chanza, el campesino no respondió, pero interiormente acaso maldijo al pope que le había puesto el maldito nombre.

El precio se fijó en veinte rublos, el campesino me suministró cinco caballos. Eran buenos animales, aunque tuviesen cola y crines enmarañadas y vientres hinchados como globos. Volvió Filofei, acompañado de sus dos hermanos, que no se le parecían en nada. Tenían los hombros cuadrados y la nariz puntiaguda. Charlaban, discutían, pero se sometían a la opinión del mayor. Querían enganchar en la lanza el caballo gris.

—No —dijo Filofei—, ha de atarse el negro—. Y ataron el negro.

Llevamos provisión de heno y el arnés de mi caballo enfermo, para probarle en el que comprase en Tula. Corrió Filofei a su casa y volvió con una hopalanda heredada de su padre, un bonete y un buen par de botas. En seguida se instaló en el asiento. Me senté asimismo y miré mi reloj. Marcaba las diez y cuarto.

Jermolai, furioso, no se dignó despedirme. Se desahogó castigando a su perro. Filofei sacudió las riendas como quien sacude las cuerdas de las campanas. Y gritaba con voz aguda: "¡Adelante, hijos!" El vehículo arrancó y salimos del patio. En la calle 1e dio a uno de los caballos por tirar coces. Le reprendió el cochero y pronto estuvimos en un camino liso, bordeado de fresca arboleda.

La noche era serena y dulce, una verdadera noche de verano. Las ramas se mecían de cuando en cuando, al soplo de una brisa ligera. Nubecillas plateadas cruzaban el cielo, y la luna llena alumbraba todo plácidamente.

Me tendí a lo largo, dispuesto a dormir, cuando me acordé del vado.

—¿Qué distancia hay desde aquí al vado? —pregunté a Filofei.

—Unas ocho "verstas", por lo menos.

Supuse que no llegaríamos a dicho sitio antes de una hora, y pregunté a mi compañero:

—¿Estás seguro de no equivocar el camino?:

—No es la primera vez que le corro.

Rezongó algunas palabras más, que no alcancé a entender, porque ya me adormecía.

Desperté al cabo de una hora por un ruido insólito que llegó a mis oídos. Un ligero ruido de agua que golpea. Alcé la cabeza. ¿Qué ocurría? Estaba acostado en la "telega".

Alrededor se extendía una capa de agua que cabrilleaba a la claridad de la luna. Miré al asiento. Filofei estaba inmóvil, la cabeza gacha, arqueado el cuerpo, como una estatua. Lejos, más allá del agua, se distinguía la línea oblicua de la "douga" . Todo estaba en calma y silencio, todo me producía cierta sensación de cuento de hadas. Me volví a mirar detrás de nosotros. Estábamos en medio de la corriente, la orilla más cercana a treinta pasos. Grité:

— ¡Filofei!

—¿Qué queréis? —me preguntó.

—¿Dónde estamos?

—En el río.

—¡Demasiado bien lo veo! ¿Así pasas el vado? ¡Responde, pues!

—Me equivoqué por poco. Ahora habrá que aguardar.

—¿Aguardar qué?

—El caballo se orientará, nos dejaremos llevar por él.

La cabeza del caballo enganchado asomaba apenas en la superficie del agua. Una de sus orejas se movía hacia adelante y hacia atrás. Solamente rumor de agua había en el silencio profundo. La luna y el río tenían aspecto lúgubre. Terminé por inmovilizarme. Oí de pronto algo como silbidos.

—¿Oyes ese ruido? —pregunté alarmado a Filofei.

—Son ánades o culebras.

En el mismo instante la cabeza del caballo enganchado se removió: paró las orejas y resopló violentamente. Y Filofei empezó, a grito pelados "¡Hué, hué, hué!"

Se inclinó hacia adelante y describió círculos, suavemente, con la cuerda de su látigo. El vehículo arrancó violentamente, y pareció como lanzado a través del agua. Luego avanzó tropezando a derecha e izquierda, con ímpetu. Tuve la impresión de que nos hundíamos más. Luego de algunas sacudidas y de sumergirnos pavorosamente, la capa de agua descendió como por ensalmo, y el vehículo se fue destacando fuera del agua.

Esto duró algunos momentos. Luego vimos las colas de los caballos y también las ruedas, que alzaban grandes hierbas chorreantes. Y las gotas de agua, saltando, parecían zafiros a la claridad azulada de la luna. Los caballos nos arrastraron hasta la orilla arenosa.

No supe si reprender o no a mi conductor. Decidí no hacerlo, y tumbándome de nuevo en el carro procuré volver a dormirme. Imposible. No porque la aventura me hubiese espantado, sino por la belleza de aquellos parajes. No cansaba contemplarlos. Praderas de singular magnificencia se extienden, con vegetación tupida, salpicada de pequeños lagos y ríos. Son las praderas de que nos hablan las viejas leyendas sobre el gran Vladimiro y los valientes del ciclo de Kief. Venían aquí a cazar los cisnes blancos y los patos grises. El aplanado camino se desarrollaba en onduladas cintas, corrían alegremente los caballos, y yo miraba a mi alrededor con un sentimiento de dicha. Todo se deslizaba blandamente, armoniosamente, y la luna llena alumbraba con su luz clara el grandioso cuadro.

Filofei se volvió hacia mí:

—Son las praderas de San Jorge. Más allá comienza la tierra de los grandes duques. No hay nada más hermoso en toda Rusia. Ahora se aproxima la cosecha. ¡Cuánto trigo se va a moler! ¡Cuántos peces en todos estos lagos! ¡Hay sargos soberbios! Solamente que el hombre que vive aquí no debiera morir nunca. ¡Mirad, Barin, allí sobre el agua! Creo que es una garza real. ¿Hasta de noche busca peces para alimentarse? ¡Qué tonto soy! Era un gajo de planta. ¡Cómo engaña la luna!

Después de viajar durante horas a través de las praderas, cruzamos bosques y tierras de cultivo. Sólo faltaban cinco "verstas" para llegar al gran camino. Nuevamente procuré dormir.

Y otra vez me desperté. Filofei me gritaba:

—¡Barin! ¡Barin!

Nuestro coche se había detenido en medio de una vasta llanura.

Filofei, con los ojos dilatados, exclamó con estupefacción:

—¡Qué ruido! ¡Qué ruido!

—¿Qué dices tú?

—Digo, Barin, que hay un ruido. Escuchad, es un ruido.

Me incorporé. Lejos, muy lejos, un ruido de ruedas.

—¿Habéis oído? —me preguntó el cochero.

—Sí, algún carro.

—¿No escucháis también cencerros y silbidos? Quitaos el bonete, Barin, y podréis oír mejor.

Sin destocarme escuché con atención y percibí distintamente un lejano ruido.

—Después de todo —dije—, ¿qué nos importa?

—Es un carro con las llantas de hierros; mala gente, sin duda. Se cometen muchos crímenes en los alrededores de Tula.

—¡Vaya, vaya! ¿Por qué hacer semejantes suposiciones?

—No me equivoco. Una "telega" con las ruedas herradas, y esos silbidos, todo es sospechoso.

—¿Estamos todavía lejos de Tula?

—Quince "verstas", y no se ve una casa.

—Pues anda rápido, déjate de remolonear. Aunque yo no daba crédito a lo dicho por Filofei, no pude volver a dormirme.

Me tuvo despierto una sensación desagradable. ¿Y si fuese verdad aquello? Miré a derecha y a izquierda. Una nebulosidad vaga se había extendido, no sobre la tierra, sino en el cielo, y la luna en medio parecía suspensa, como una mancha blancuzca. Su claridad, en el suelo, comunicaba a todas las cosas un aspecto descolorido, todo parecía empañado. Atravesábamos parajes tristes, campos inmensos con barrancos y matorrales, luego campos cubiertos de maleza; todo triste, muerto, no se oía ni el grito perdido de una codorniz.

No cambiábamos una sola palabra el cochero y yo. En lo alto de una colina paró los caballos, bruscamente, y dijo:

—Barin, hay ruido, hay ruido.

Me asomé fuera del vehículo a escuchar, aunque ahora el rumor llegaba sonoramente. Pude distinguir el chirrido de las ruedas, el galope de los caballos, oí cantos y risas. El viento lo traía todo, era fácil comprender que nuestros perseguidores habían descontado dos "verstas".

Luego de mirarnos, Filofei se acomodó bien, castigó a los caballos y arrancamos en carrera violenta. Pero los pobres animales no pudieron sostener esta rapidez, y aflojaron, a pesar de las amonestaciones y latigazos de Filofei.

Ahora también yo tenía los recelos del cochero. Aquel ruido de hierros, aquellos silbidos, cantos y carcajadas nada bueno anunciaban. ¡Mala gente, sin duda!

Transcurrió un cuarto de hora, y a pesar del ruido que metía nuestro vehículo se oía perfectamente la carrera del que iba acercándose. Quise saber a qué atenerme:

—¡Para, Filofei, y entendámonos!

Los caballos relincharon, aliviados por el descanso. Ruidosamente llegaron los silbidos y las risotadas. ¡Dios mío! ¡Estábamos perdidos!

—¡Qué desgracia! —murmuró Filofei.

Cuando habíamos arrancado de nuevo, nos alcanzó con estrépito una gran "telega" tirada por tres caballos. Pasó casi rozándonos, como un turbión.

—Así suelen hacer los bandidos —dijo en voz baja Filofei.

Confieso que la sangre se me enfrió en las venas. La "telega" llevaba seis hombres con camisas coloradas y el "armiak" echado a la espalda. Gritaban y cantaban desordenadamente. Estaban ebrios. En el asiento delantero había una especie de gigante. Contuvieron la marcha, pero fingían no preocuparse de nosotros.

¿Qué hacer? No había más remedio que seguirlos. Y así lo hicimos durante un kilómetro. Me asaltaron toda clase de negros pensamientos. Recordó los versos del poeta Jeukovski: "El hacha de un vil bandido." O bien: "Te pasan por la garganta una vieja cuerda enlodada, y te arrojan a una zanja."

¡Horror! ¡Avanzaban siempre y nosotros los seguíamos!

—Procura pasarlos —dije a Filofei— y seguir por la derecha.

Me obedeció. Pero en seguida su carro nos alcanzó, nos pasó a su vez. Mi cochero siguió por la izquierda, y se repitió el juego. Filofei razono:

—¡Verdaderos bandidos! Pero ¿qué aguardan? ¡Ah, sí! Ved allá un puentecillo sobre el arroyo. Ese es el sitio donde piensan concluir el asunto. Nos matarán a los dos, porque no ha de quedar un gallo que cante. Lo que siento es que matarán también los caballos y mis hermanos se quedarán sin ellos.

A esta reflexión repuse:

—No nos asesinarán, porque les daré todo lo que tengo.

No estaba lejos el puente. El carro enemigo se detuvo, algo fuera del camino. Yo dije a Filofei:

—Estamos perdidos, hermano; perdóname que te haya traído a morir.

—¿Qué falta he de perdonaros, señor? Nadie puede esquivar la suerte fatal. Vamos, pues, y sea lo que Dios quiera.

Puso los caballos al trote y un momento después estuvimos junto a la terrible "telega" que nos aguardaba. Todos sus ocupantes estaban mudos. Ya no había cantos, ni risas. Todo en tranquilidad sombría, como cuando el halcón o el águila van a caer sobre la presa.

El hombre gigantesco bajó de su asiento y vino hacia nosotros. Filofei, instintivamente, paró los caballos. El gigante, afectando un tono cortés, pero con voz chocarrera y aflautada, pronunció este discursito:

—Respetable señor: venimos de un honesto festín, de una modesta boda. Acabamos de casar a uno de nuestros muchachos, y le hemos dado tanto de beber, que ya no se puede tener en pie. Buena gente, buenos trabajadores. Hoy hemos bebido bastante, pero para mañana no nos queda ni un "kopeck" para una copita. ¿Tendríais la gentileza de darnos algunas monedas? Quisiéramos nada más que una botella por hocico, nos la beberíamos a vuestra salud. Si no os agrada hacerlo..., ¡caramba!..., no debe sorprenderos lo que pueda ocurrir.

Yo no sabía qué pensar. El gigante no se movía. Un oblicuo rayo de luna iluminaba su cara. Todo era sonrisa en su rostro, los ojos vivos, la boca maliciosa; los dientes finos y largos parecían aguardar algo.

—Con mucho gusto —dije sacando mi bolso. Y le di dos rublos.

—Muchas gracias. —Y yendo a su carro gritaba—: Hijos, bendecid a este viajero; nos regala dos rublos.

Sus camaradas respondieron con un ¡hurra!

—¡Hasta la vista! —me saludó el gigante—. ¡Hasta la vista!

Eso fue todo. El carro se alejó, subió una cuesta, desapareció. Ya no hubo más ruido, ni gritos, ni cascabeles.

Pasó un buen rato antes de que pudiéramos recobrarnos.

—¡Qué hombre más raro! —dijo por fin Filofei. Y repetidas veces se santiguó—. Verdaderamente un hombre extraño, con una cara tan alegre. Ha de ser un buen tipo. Sin embargo, no nos dejaba pasar. En fin, todo salió bien.

Yo no decía nada. Pero experimentaba una sensación de bienestar. "No ha sucedido nada grave —reflexioné—. El trance no nos ha costado caro."

Tuve cierta vergüenza de haber evocado los versos del poeta. Pero de pronto me distraje con una idea:

—Filofei, ¿eres casado?

—Sí, barin.

—¿Tienes hijos?

—Los tengo.

—Tú no te acordaste de ellos en el momento del peligro. Hablaste de los caballos, no de tu mujer ni de tus hijos.

—¿Y por qué había de nombrarles? No corrían peligro. Pero yo pensaba en ellos, siempre pienso en ellos.

Y después de una pausa:

—Tal vez por ellos no ha permitido Dios que muramos.

—Pero puesto que no eran bandidos...

—No es posible saberlo, barin. ¿Quién ha visto nunca el alma de un semejante? El proverbio dice: "El alma de los otros es como la noche oscura." Solamente Dios es verdaderamente bueno. Sí, Dios.

Se acercaba el día cuando llegamos a Tula. Yo estaba rendido, y dormitaba.

—Mirad, pues, señor —dijo Filofei—. Se han quedado en la taberna; allí se ve la "telega". Efectivamente: allí estaba el carro, y a la puerta de la taberna asomó el gigante. Al vernos, se descubrió y saludando nos dijo:

—Acabamos de beber vuestro dinero. Y tú, cochero, ¡buen susto te has llevado!

—Muy alegre está el hombre —observó Filofei. Entramos por fin en Tula. Compré plomo, té, vino, y escogí un caballo en casa de un negociante. Regresamos a mediodía. El cochero, alegre con unas copas de vino, me refirió cuentos festivos.

Cuando llegamos al sitio donde nos alcanzó la "telega", me dijo:

—¿Recordáis cómo repetía: "Hay ruido, hay ruido"?

Su salida le pareció muy graciosa, y se rió a carcajadas.

'De vuelta a su aldea, por la noche, conté a Jermolai nuestra aventura. Pero estaba en ayunas y no me atendió demasiado. Se conformó con decir: "¡Ah, sí!", que tanto manifestaba indiferencia como reproche.

Dos días después me informé que un rico comerciante había sido asesinado en el camino a Tula. Me pareció mentira, y sólo di crédito a la versión cuando me la confirmó un oficial de policía.

Los asesinos, ¿serían aquella gente del carro? Y el comerciante asesinado, ¿no sería el muchacho de quien tan chistosamente referían que no pudo tenerse en pie?

Permanecí algunos días más en la aldea de Filofei. Invariablemente, al verle, le decía:

—Hay un ruido, hay un ruido. Y él me respondía riendo:

—Es un hombre alegre, muy alegre.

## VIII

## LA CITA

Un día, en otoño, una lluvia fina, como polvo, caía desde por la mañana. A intervalos, débiles rayos de sol atravesaban las nubes, que se deshacían o saltaban las unas sobre las otras, descubriendo entonces: la bóveda azul, tranquila y límpida, formando como un hermoso lago de azur.

Sentado en un cómodo lecho de musgo espeso escuchaba la voz de la selva.

Sobre mi cabeza el follaje estaba casi inmóvil. Y yo percibía, en el roce apenas perceptible de las hojas, el rumor característico de la estación. No era el temblor alegre que producen, en la primavera, las hojitas nuevas; no era tampoco la blanda languidez opulenta del verano, ni los tristes adioses al comenzar el invierno, sino algo como un murmullo en un sueño.

Un viento ligero, a rachas, inclinaba unas contra otras las altas cimas de los árboles. Cuando brillaba el Sol, el interior del bosque, ligeramente velado por los vapores de la humedad, se iluminaba y parecía sonreír. Los troncos esbeltos de los abedules tenían reflejos tornasolados de raso, y las hojas, en el suelo, producían la ilusión de una lluvia de oro.

Algunos helechos, ya cobrizos, tocados por el halo del otoño, se alargaban gráciles, mientras otros pendían, bajo brillantes gotas de lluvia, hacia el musgo y le acariciaban con la punta de sus finos penachos.

En los momentos de ocultarse el sol, caía el bosque entero en una claridad medio azulada, uniforme, y era como si la vida quisiera apagarse. Solamente los abedules, sobre el fondo verde, se destacaban nítidos como columnas de nieve lisa.

La lluvia entonces recomenzaba, primero por gotas escasas, luego de un modo incesante, dulce, y se oía su murmullo regular y monótono.

Había en algunos abedules muchas hojas verdes todavía, en medio de otras ya pálidas.

Los pájaros callaban. Sólo el diminuto paro dejaba oír su grito burlón y alegre, que resonaba vibrando en el gran silencio.

Al venir había atravesado un bosque de álamos. No me gustan estos árboles, con sus troncos claros y el follaje que constantemente se agita, y con sus hojitas que se balancean en las ramas, demasiado largas. Pero confieso que al atardecer, en el estío, cuando el álamo emerge de la espesura y chispea a los rayos del poniente, como si cada hoja fuese una pepita de oro, e inunda su tronco la luz púrpura, es un árbol verdaderamente hermoso.

También es precioso el álamo cuando en los días claros un fuerte viento agita sus hojas en todas direcciones y parecen querer salir volando por los campos.

No me detuve, pues, en el bosque de álamos y preferí descansar bajo un abedul, cuyas ramas bajas me resguardasen de la lluvia.

Después de haber admirado durante un largo rato la naturaleza, silbé a mi perro, y como un verdadero cazador no tardé en dormirme. No sé cuánto tiempo dormí. Al despertarme, estaba el bosque lleno de sol y se veía, entre las ramas apartadas por el viento, el cielo azul. Ni una nube. El buen tiempo. Y yo respiraba esa sana frescura del aire que infunde bienestar y anuncia una hermosa noche.

Me levanté para cazar, cuando vi a una campesinita que aguardaba, quieta, cerca de mí. Estaba sentada, la cabeza gacha y con expresión de inquietud. De su mano distraída se deslizaba un grueso ramo de flores silvestres; lentamente las flores caían sobre su falda a cuadros, cada vez que suspiraba. Doble collar de perlas coloreadas recaía sobre una camisa blanca ceñida bajo la garganta y en las muñecas, formaba finos pliegues alrededor de su

cintura. Sus cabellos, de un hermoso rubio ceniza, atados con una cinta roja, circundaban su linda cara, de frente muy blanca. Las largas pestañas de sus ojos entrecerrados ponían una sombra sobre sus mejillas, donde se había quedado una lágrima. El arco de sus cejas era fino. Algo gruesa me pareció la nariz, aunque no por eso perdiese armonía el semblante, que revelaba la tristeza ingenua de la niña que aún no sabe sufrir.

Comprendí que esperaba a alguien. Una hoja que cayera, el más ligero ruido en el bosque, la hacían estremecerse y levantar los ojos, claros y tímidos de gacela.

Atendía hacia el lugar de donde venía el rumor, suspiraba y luego su cabeza recaía como agobiada. Distraídamente jugaba con las flores esparcidas en su falda. En ciertos momentos vi sus párpados hinchados y temblarle los labios. Algunas lágrimas rodaron como perlas sobre las flores. Pasó media hora y seguía esperando, atenta siempre a los ruidos. Hubo un ligero crujido de ramas que la sobresaltó. Distintamente se advirtió un ruido cada vez más cercano. Alguien venía con rapidez. Se incorporó, ansiosa, algo confusa, temiendo alguna decepción. Pero bien pronto brilló en su mirada el júbilo. Vi entonces, entre las ramas, a un joven que se adelantaba a grandes pasos.

La niña se sonrojó, sus labios sonrieron, después se puso pálida. Tanta era su turbación, que no pudo levantarse y esperó a que el hombre se detuviese junto a ella. Lo miró de una manera amorosa y tierna, casi suplicante.

Desde mi buen escondite miré al hombre, que no me gustó. Por su traje de uniforme era algún camarero de rico señor. Vestía un gabán color bronce, cerrado hasta el mentón, llevaba una corbata ostentosa y estaba tocado con un casquete de terciopelo guarnecido de oro y encajado hasta las cejas. El cuello de su camisa se recortaba sobre sus mejillas alcanzaba a la altura de sus orejas. Sus mangas, demasiado largas, dejaban pasar las puntas de sus dedos, cortos y colorados, adornados de anillos vulgares. Tenía ese aire impertinente y contento que impone a las mujeres y fastidia a los hombres. Procuraba tomar una expresión desdeñosa y aburrida, y guiñaba sin cesar los ojos, ojos tan pequeños que era preciso buscárselos en la cara. Hacía mohínes, fingía bostezar, se pasaba los dedos entre los cabellos rojizos, feos pero bien peinados, e intentaba en vano retorcer algunos pelos que le crecían sobre el labio superior.

Así se comportó en cuanto vio a la jovencita. Pero desde ese momento caminó con lentitud hacia ella. Y al llegar a su lado se detuvo, se alzó de hombros, metió las manos en los bolsillos y, después de mirar a la pobre niña como por caridad, se sentó al lado suyo con aire de resignación.

Luego, cruzando sus largas piernas y mirando a uno y otro lado, preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que me esperas?

—Sí, Víctor Alejandrovich.

Se quitó el casquete, jugó de nuevo con sus cabellos, volvió a cubrirse y, mirando a derecha e izquierda, como persona importante, continuó:

—Se me había olvidado. Además llovía. (Aquí bostezó.) ¡También, tenemos tanto que hacer! No sé cómo dar abasto. El amo se fastidia. Y a propósito: nos vamos mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó la pobre niña. Y miró al joven con desolación.

—Sí —repuso con indiferencia. Y notando el dolor de ella—: Sabes que detesto ver llorar. Te lo ruego, Akulina, cálmate. De lo contrario, me voy en el acto.

—No lloraré más —dijo ella enjugándose la cara mojada por el llanto. Y, esforzándose, prosiguió—: Así, pues, mañana partes. ¿Y cuándo volveremos a vernos? ¡Dios sabe cuándo!

—No te preocupes. Volveremos a vernos un día. Si no es el año que viene será más adelante. El joven señor quiere ocupar cargos en San Petersburgo. Tal vez viajemos.

—Usted me olvidará pronto, Víctor Alejandrovich.

—No, ¿por qué habría de olvidarte? Pero debes ser razonable; escucha a tu padre, y no te hagas la tonta. No te olvidaré, no.

Y estirándose, bostezó.

—Acuérdese usted de mí. Víctor Alejandrovich —repitió con súplica—. Acuérdese usted de que lo amé siempre, que me he dado enteramente a usted y que le quiero sin otra idea que el amor. ¿Escuchar a mi padre? ¿Cómo quiere usted que obedezca?

—Sin embargo, no es tan difícil —replicó Víctor, con voz que parecía salirle del vientre, porque estaba tumbado de espaldas y tenía la cabeza apoyada sobre las manos cruzadas.

—Usted sabe que sí, Víctor Alejandrovich.

Al decir esto. Akulina sollozó. Después de un silencio él prosiguió:

—Tú eres, caramba, una muchacha inteligente. No te comprendo. Dices cosas que no tienen sentido. Te aconsejo para bien tuyo, y me respondes como una campesina. Lo que ocurre es que careces de instrucción. Por eso debes oírme a mí, que soy instruido, cuando te aconsejo.

—Eso me espanta, Víctor Alejandrovich.

—¡Qué locura! No hay motivo de espanto, querida. Pero ¿qué tienes en la falda? ¿Flores?

Ella le tendió un manojo de sus flores:

—Son para usted.

Alejandrovich tomó las flores, las olió, las apretó entre sus gruesos dedos levantando los ojos al cielo con expresión de dignidad.

Akulina, en ese momento, le miró con ojos llenos de conmovedora ternura y devoción.

No se animaba a llorar por miedo de disgustar a este hombre en la ocasión de admirarlo por última vez. Mientras tanto él; echado con la tranquilidad de un dios, se dejaba querer con paciente condescendencia. Observé en su fisonomía la satisfacción del amor propio. Me pareció hasta el último extremo despreciable. Hablaba Akulina desde el fondo de su corazón.

A él se le cayeron las flores. Buscó en el bolsillo de su gabán un monóculo y probó, sin conseguirlo, y haciendo visajes, acomodarle a su ojo derecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Akulina sorprendida.

—Un monóculo.

—¿Para qué sirve?

—Para ver mejor.

—Préstemelo usted, a ver si veo.

Al joven le pareció contrariar este deseo. Pero le dio el monóculo:

—Cuidado con romperlo.

—No soy tan torpe.

Probó a mirar, e ingenuamente:

—No veo nada.

—Pues cierra el ojo.

Ella cerró el ojo con el cual quería mirar. Alejandrovich, bruscamente, antes de que pudiese ensayar de nuevo, le quitó el monóculo

—¡Ese ojo no, el otro! ¡Tonta!

Akulina se sonrojó, una sonrisa vagó en sus labios. Y volviendo algo la cabeza:

—Estas cosas no son para nosotros.

—De veras.

Y limpiando el monóculo volvió a guardarle.

Ella suspiró:

—¡Qué tristeza cuando usted ya no esté aquí!

—Sí, al principio.

Y con aire protector le dio algunas palmaditas en la espalda. Ella le tomó la mano y se la besó. Víctor continuó:

—Al principio, es verdad, sufrirás mucho, porque eres una buena chica, pero ¿qué puedo hacer? Considera mi señor y yo no podemos quedarnos siempre aquí. Viene el invierno y tú sabes cómo se pone entonces triste la campaña. Otra cosa es en San Petersburgo. No puedes imaginarte, ni en sueños, las maravillas que allí nos aguardan. Una sociedad escogida, la instrucción, el mundo, las calles, los palacios suntuosos.

La joven escuchaba anhelante, entreabierta la boca, como le ocurre a un niño a quien leen un cuento de hadas.

—Pero ¿a qué hablarte de todo esto, puesto que no puedes comprenderme?

— ¡Oh, sí!, le comprendo a usted, Víctor Alejandrovich.

—¡Ja, ja, miren eso!

Akulina se puso seria. Y bajando la vista:

—Antes usted era más cariñoso y no me hablaba con tanta dureza.

Repitió él aquella palabra "antes", con un gesto de mal humor. Ambos callaron, hasta que él, apoyándose en el codo, declaró:

—Ahora debo irme.

—¡Todavía no! —le rogó Akulina—. Quédese un rato más.

—¿Para qué?

—¡Un momento más!

Volvió él a tenderse en el suelo y se puso a silbar. Akulina no dejaba de contemplarle; su seno se agitaba, le temblaron los labios, sus mejillas se colorearon y palidecieron en seguida. De pronto le salió un grito:

— Víctor Alejandrovich! ¡Usted hace mal! Ante Dios lo digo, ¡usted hace mal!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él.

—¡Ah, sí! ¡Está mal! Usted no me dice ni siquiera una palabra amistosa antes de abandonarme durante mucho tiempo, de abandonarme a mi triste suerte. ¡A mi, pobrecita!

—¿Y qué debo decirte?

—Lo sabe usted mejor que yo, pero usted no quiere decirlo. Yo no merezco que me traten así.

—Eres una muchacha rara.

—Ni siquiera una palabra...

—¡En fin, estás divagando!

Se levantó impaciente. Ella lo retuvo, tomándole por las manos y a punto de llorar.

—No estoy enojado. Pero te repito que nada puedo hacer. No pretenderás que me case contigo. ¿Qué quieres, pues?

Y se inclinó hacia ella para escuchar su respuesta.

—No pido nada. Pero usted hubiera podido despedirse de otro modo y decirme alguna palabra afable...

No pudo continuar, balbuceaba; tendió sus manos temblando, y vencida por la emoción rompió en sollozos. Muy tranquilo, el hermoso Víctor murmuró

—¡Bueno, ya empezamos! Akulina seguía llorando.

—No, nada quiero. Pero ¿qué vendré a ser en casa de mis padres? Me despreciarán y me obligarán a casarme con un hombre a quien yo no querré.

—Sigue, sigue, no te canses —dijo él con tono de burla.

Ni siquiera me dice una palabra buena. Nada, nada. Si me dijera al menos: Akulina, ya...

La pobre criatura, dominada por la pena, cayó hacia adelante, mientras los sollozos convulsivos la sacudían por completo. Se abandonó a la desesperación.

Alejandrovich la miró durante algunos momentos, después se alzó de hombros y se fue a grandes zancadas.

Aliviada algo, Akulina se levantó. Al verse sola se puso en pie .y vio a Víctor que huía. Quiso correr tras él, pero sus piernas flaquearon y cayó de rodillas juntando las manos.

Fue más poderosa que mi voluntad la simpatía que me inspiraba esta pobre niña. Salí de mi escondite para prestarle ayuda. Pero apenas me vio le volvieron las fuerzas. Lanzó un grito y escapó entre los árboles.

Cuando hubo desaparecido fui a recoger las flores caídas de su falda y seguí el camino a la llanura. El sol se ponía, su claridad iba cediendo. Pronto el crepúsculo tendería sus velos a mi alrededor. Soplaba un ligero viento que hacía zumbar los barbechos agostados y arrastraba las hojas secas que cubrían el camino y la orilla del bosque. Los grandes árboles gemían dulcemente. Al extremo de las ramas, en los setos y sobre las más finas ramas deshojadas se tendían esos blancos hilos de tela de araña que en el otoño vuelan y relucen como luciérnagas.

Me invadió una gran tristeza, y me detuve. La vegetación estaba húmeda, fresca. Pero aquella última sonrisa de la naturaleza me hacía presentir los horrores próximos del invierno. Un cuervo voló por encima de mi cabeza, muy alto. Entró en el bosque con graznidos lúgubres y repetidos. Oí el rumor de un carro que rodaba vacío hacia una barraca solitaria.

Llegué, por fin, a mi casa y descansé con placer. Pero veía los grandes ojos tristes de Akulina. Su recuerdo no se ha borrado de mi espíritu como s han secado sus flores, que conservaré siempre.

## IX

## UNA CACERÍA DE PATOS SILVESTRES

—¿Queréis que vayamos a Lyove, señor? —me propuso un día Jermolai—. Allí vamos á encontrar muchos patos.

Accedí, a pesar de que no me atraía mucho tal clase de caza.

Lyove es una importante aldea de la estepa, dominada por la cúpula de su vieja iglesia, y tiene dos molinos a la orilla del Rossola, riachuelo que corre no lejos del camino y atraviesa grandes pantanos.

A cierta distancia de la aldea, este riachuelo forma un estanque, en medio del cual hay islotes formados por junqueras. Viven y se multiplican allí patos salvajes de todas las especies. Vuelan en pequeñas bandas por encima de sus abrigos vegetales, y el cazador más perezoso no resiste las ganas de dispararles un tiro al vuelo.

Como el pato, en su prudencia, no se aproxima a la orilla y los perros no se arriesgan a meterse en las aguas cenagosas y llenas de vegetación, fuimos a proveernos de un bote. Volvíamos a la aldea, cuando en un rodeo del camino hallamos un perro de aspecto bastante mísero. Le seguía un cazador que llevaba su escopeta en bandolera.

Se olieron los perros, como acostumbran, y el hombre nos saludó cortésmente. Tenía unos veinticinco años. Largos cabellos alisados con "kwass" pendían en mechas tiesas alrededor de su cara y llevaba atada una pañoleta, como si tuviese dolor de muelas. Con un tono muy insinuante me dijo:

—¿Queréis aceptar mis servicios? Me llamo Vladimiro y soy cazador en estos parajes. Supe vuestra llegada y me apresuré a venir.

—Aceptado. Venga usted con nosotros.

Me refirió su historia en seguida. Había sido "dworoin" , pero obtuvo su libertad. Sirvió como camarero, sabía leer y escribir y hasta había leído algunas novelas. Desgraciadamente, lo mismo que muchos en su caso, no trabajaba y no tenía un "kopeck". Aunque se hubiese visto obligado a contar solamente con el maná del desierto, no habría sido más pobre. Se escuchaba y quería tener un continente distinguido, lo que dejaba suponer que procuraba gustar al bello sexo y que sus conquistas eran fáciles, porque las muchachas rusas adoran a los que hablan bien.

Me hizo entender, afectando que no tenía tal intención, que le recibían muchos propietarios de los alrededores, que solía jugar a los naipes en casas de su ciudad y que conocía a personas de la capital.

Tenía varias sonrisas a su disposición. Cuando me escuchaba, aclaraba sus labios una sonrisa modesta y contenida. No me contradecía, pero su actitud expresaba que él también comprendía las cosas, aunque a su manera. Jermolai le tuteaba, pero Vladimiro le respondía con tan graciosa política, sin tutearle, que cualquier otro hubiera advertido la lección de urbanidad.

—¿Le duelen a usted las muelas? —pregunté a Vladimiro.

—No. Un accidente de caza. Un amigo, cazador novicio, vino a pedirme que le llevase a cazar, porque deseaba vivamente conocer esta diversión. Por no desairarle accedí, le llevé conmigo, le presté una escopeta. Después de caminar algo, me senté bajo un árbol, y él se entretenía en apuntarme, a pesar de mis observaciones. Salió el tiro y me llevó una parte del mentón y el índice de la mano derecha.

Ya estábamos en Lyove. Jermolai y Vladimiro se echaron en busca de un hombre llamado Sutchok, que poseía un bote chato.

Les esperé en el cementerio que rodea la iglesia. Mientras me paseaba, llamó mi atención un fragmento de columna ennegrecido por el tiempo. Me acerqué. Tenía cuatro inscripciones. Una decía, en francés: "Aquí yace Theóphile Henri, conde de Blangy." Otra en ruso: "Aquí reposa el cuerpo del conde de Blangy, súbdito francés, nacido en 1737, muerto en 1799, a la edad de 62 años." Una tercera: "Paz a sus restos." La última ostentaba frases pomposas para recordar que el conde de Blangy, expulsado de su país por los tiranos, había venido a refugiarse en Rusia y se había consagrado a la educación de la juventud.

Hacía rato que meditaba junto a la tumba, cuando Jermolai y Vladimiro volvieron acompañados de Sutchok.

Tendría sesenta años por lo menos, y me dio la impresión de ser un "dvorovi" jubilado. Venía descalzo; su traje denunciaba mucha miseria.

—¿Tienes un bote? —le pregunté.

—Sí, pero no es gran cosa —me respondió en voz baja y fatigada.

—¿Cómo es eso?

—Está lleno de agujeros y se han caído Ion tapones de estopa que tenía.

—Volveremos a ponerlos —interrumpió Jermolai.

—Como quieras —repuso Sutchok.

—¿En qué te ocupas?

—Soy pescador señorial.

—Si es así, ¿por qué tienes tu bote en mal estado?

—Porque no hay peces en el estanque.

—A los peces no les gusta el agua de los pantanos —dijo Jermolai con acento de hombre entendido. Yo le dije:

—Busca sebo y estopa. Sin esta precaución tendríamos que zambullirnos luego a luego.

—La misericordia divina es grande —respondió Vladimiro, de cuyo coraje no estaba seguro—. Pero el estanque no ha de ser muy hondo.

—No —repuso Sutchok—, pero hay en el agua una vegetación tupida y un lodo espeso, y también agujeros.

—En tal caso no podremos remar —sugirió Vladimiro.

—No se rema con un bote chato; se le va empujando. Yo iré con vosotros, tengo una percha y, además, puede llevarse una pala.

—Pero con una pala no se tocará el fondo en algunos sitios —observó Vladimiro.

—La verdad que no sería cómodo —consintió Sutchok.

Me senté a esperar sobre una tumba. También se sentó Vladimiro, pero con muestras de respeto, a poca distancia de mí. Sutchok permaneció en pie, la cabeza inclinada hacia adelante y las manos a la espalda, como acostumbran los sirvientes rusos. Le pregunté

—¿Desde cuándo eres pescador?

—Desde hace siete años —repuso con satisfacción.

—¿De qué te ocupabas anteriormente?

—Era cochero.

—-¿Preferiste dejar ese empleo?

—Fue la señora quien me hizo cambiar.

—¿Quién es la señora?

—Se llama Elena Timoferivna. Nos compró hace poco; es una dama gruesa, ya no joven.

—-¿Y cómo te hiciste pescador?

—Mi señora vive ordinariamente en Tambof; llegó un día aquí y ordenó que se reunieran todos los "dvorovi" en el patio. Nos pasó revista. Uno le besó la mano y, como eso pareció gustarle, todos hicieron lo mismo. A cada uno le preguntó su nombre y el trabajo que tenía en la propiedad. Cuando me llegó el turno me preguntó: "-Y tú, ¿qué hacías?" "Soy

cochero." "¡Oh, qué cochero tan feo! —exclamó riendo—. Tienes mala traza para cochero. Serás pescador y me suministrarás el pescado cuando esté aquí. Cuida bien el estanque." Y se alejó. ¿Cómo queréis que haga lo que me pidió, si no hay peces?

—¿Dónde estabas antes?

—Con el propietario Serguei Sergueich Peckteref. Le habíamos tocado en herencia. Pero sólo nos conservó diez años. Allí era cochero en el campo.

—¿Eras cochero desde niño?

—No, lo fui con Serguei Sergueich. Anteriormente era cocinero, pero no en la ciudad; en la campaña siempre.

—¿Cuándo te hiciste cocinero?

—Cuando estuve en casa del tío de Serguei Sergueich, Atanasio Nefedich, que había comprado Lyove y se lo había dejado en herencia.

— ¡Ah!, ¿de suerte que Atanasio Nefedich os compró?

—A Tatiana Vassilevna.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Kusma.

—¿Has sido cocinero mucho tiempo?

—No, también he sido actor.

— ¡Imposible!

—De verdad, sí. Nuestra ama había organizado un teatro. Se me hacía vestir hermosos trajes, caminaba o me sentaba y repetía lo que me enseñaban a decir. En cierta ocasión hice de ciego; me habían metido no sé qué bajo los párpados, para que los tuviese cerrados. Me volvieron a apandar a la cocina, después, porque mi hermano se había escapado. Cuando estaba con el padre de Tatiana Vassilevna, también fui picador.

— ¡Vaya! ¿Llevabas los perros en la cacería? —Sí. Ahora bien: un día me caí del caballo, el animal quedó herido y como castigo a mi torpeza me colocaron en casa de un zapatero.

—¿De aprendiz? Tú ya no serías un niño.

—Tenía veinte años, creo.

—¿Cuándo aprendiste a cocinar?

—Eso no se aprende; por eso todas las mujeres saben cocinar.

Al decir esto levantó hacia mí su cara chica, amarilla y arrugada.

— ¡Pobre Kusma! ¡Cuántas cosas has visto en tu vida!

—No puedo quejarme. Andrés Pupir, viejo como yo, tiene que fabricar papel.

—¿Eres casado?

—No, nunca fui casado. Tatiana Vassilevna no quería casamientos. Cuando se le pedía permiso para contraer matrimonio, respondía: "Dios me guarde; soltera me he quedado yo. ¿Qué les impide hacer lo que yo?"

—Me imagino que tienes algún salario.

—No, señor; se me da una ración. Pero yo no me quejo.

Volvió Jermolai en ese momento, y declaró con brusquedad:

—El bote está listo. —Y dirigiéndose al viejo: "Y tú, trae una percha."

Durante el anterior diálogo, Vladimiro no había dejado de mirar a Sutchok con expresión de lástima.

—¡Qué idiota! —me dijo luego—. Todo lo que nos dice es falso. ¿Cómo queréis que haya sido "dvorovi" semejante palurdo? ¡Qué jactancia! No es digno de la bondad que le habéis demostrado.

Dejamos los perros al cochero, que los encerró en una "isba" y nos embarcamos. Íbamos algo apretados, pero cuando se va de caza no se exigen comodidades. Sutchok, atrás, hacía andar el bote, yo estaba sentado en una tabla, hacia el medio, al lado de Vladimiro, y Jermolai iba en la proa.

Apenas nos habíamos alejado de la orilla, ya teníamos agua hasta los tobillos. Con poca fortuna hizo Jermolai el carenaje. Pero como el tiempo era bueno y el estanque estaba tranquilo, no nos inquietamos por ello. Según dijera Sutchok, el fondo del estanque estaba lleno de variada vegetación y la pértiga salía a la superficie con toda clase de plantas. Las raíces de los nenúfares y de los lirios de agua estorbaban el avance del bote; formaban corno una malla alrededor de nosotros. Finalmente llegamos a los islotes y comenzó la caza.

Pánico general entre los patos. Nuestra brusca aparición los hizo volar ruidosamente. Cada tiro dejaba una víctima. El ave herida paraba su vuelo, daba en los aires una voltereta y caía en el agua. Perdimos muchas piezas, porque los patos apenas heridos se sumergían y escapaban, y otros iban a morir en medio de los juncos tupidos, donde el ojo ejercitado de mi cazador no conseguía señalarlos.

De todos modos nuestra caza fue abundante y al cabo de algunas horas el bote se iba hundiendo bajo el peso del botín. Jermolai observó con alegría que Vladimiro era un mal tirador. Cada vez que fallaba su disparo, hacía un gesto de sorpresa, miraba su escopeta, soplaba en el caño y siempre hallaba motivo que pudiese explicar lo que no era sino torpeza.

Jermolai fue hábil, como de costumbre, y yo me porté bastante bien. Sutchok nos miraba con la impasibilidad de un servidor habituado a los amos. A veces gritaba, viendo caer un ave: "¡Otro patito más!" Y muy contento se rascaba los omóplatos con ese modo peculiar de los campesinos rusos.

Se hizo tarde y fue necesario volver a la orilla y poner fin a nuestras hazañas. Pero esta partida de placer terminó con una mala ventura.

Desde que advertimos que el bote hacía agua, Vladimiro la echaba afuera con una escudilla. Eso anduvo bien durante cierto tiempo. Pero al caer la tarde, los patos, como si hubieran querido desazonarnos, volaban por encima de nuestro bote en tal número, que olvidamos nuestra situación. Nos costó caro. Al querer atrapar un pato herido, Jermolai se inclinó de tal modo que su peso hizo zozobrar la embarcación, que se fue a fondo. En dos segundos nos vimos sumergidos en el agua hasta el pescuezo, circundados por los patos que con tanto trabajo habíamos cazado.

No puedo dejar de reírme cuando recuerdo las caras deplorablemente cómicas que tenían mis compañeros de infortunio. Sin duda, también mi facha era lamentable. Sin embargo, cuando ocurrió el accidente, no estaba para bromas. Cada uno había dado un grito de espanto y alzado la escopeta, instintivamente, por encima de su cabeza. Sutchok, habituado a imitar a todo el mundo, también alzaba su pértiga.

Jermolai fue el primero en romper el silencio.

—¡Maldición! —gritó escupiendo al agua, como hacen los rusos de clase inferior como expresión de despecho y desprecio. Y mirando a Sutchok, añadió: "¡Tú, viejo diablo, tienes la culpa!"

Luego, furioso, encarándose con Vladimiro:

—Y tú, animal, ¿qué dices ahora? Debías haber sacado toda el agua, tú, tú, tú...

Vladimiro había perdido su elocuencia. Temblaba, daba diente con diente, parecía loco. No sólo había olvidado su facundia, sino también su dignidad. Yo tocaba con los pies el bote.

En el momento de nuestra zambullida el agua me pareció muy fría, pero a la larga dejé de notarlo. Cuando me repuse algo, miré a mi alrededor; cerca de nosotros la masa de juncos ligeros, y más allá, lejos, la aldea.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté a Jermolai.

—Vamos a verlo. No es cosa de pasar aquí la noche.

Y dirigiéndose con dureza a Vladimiro:

—Tú, toma mi escopeta.

Vladimiro, sin decir una palabra, obedeció humildemente. Jermolai continuó:

—Voy a buscar un vado, si lo hay.

Y convencido de que sí lo había, y tanteando con la pértiga de Sutchok, caminó resueltamente en dirección a la orilla. Yo le grité:

—¿Sabes nadar?

—Ni por asomo —repuso, mientras desaparecía entre los juntos.

—Se ahogará —dijo fríamente Sutchok.

Éste se había repuesto completamente del susto. Y ahora, al ver que no estábamos enojados contra él, había recobrado su impasibilidad. Y sólo de cuando en cuando soltaba alguna exclamación.

Vladimiro, entonces, me dijo que a su juicio mi cazador se exponía inútilmente.

Jermolai, al cabo de algunos minutos, ya no respondía a los gritos que le dábamos de vez en cuando. O habíamos dejado de oírle.

Sonó el toque de oración en la aldea. Después el silencio a nuestro alrededor se hizo absoluto. Evitábamos mirarnos.

A cada instante volaban patos salvajes por encima de nosotros. Buscaban un sitio donde posarse. Pero al vernos, remontaban otra vez el vuelo, lanzando roncos gritos. Nos entumecíamos. Una hora transcurrió después de la partida de Jermolai. A Sutchok se le cerraban los ojos, cómo si tuviese sueño. Yo había perdido las esperanzas, cuando reapareció Jermolai.

—¿Has encontrado algo? —le pregunté. —Vuelvo de la orilla. Encontré un vado. Venid. Antes de hacernos pasar, Jermolai sacó de su bolsillo una cuerda, con la que ató los patos que flotaban a nuestro alrededor. Luego sujetó la cuerda con los dientes y tomó la delantera. Vladimiro le seguía. Yo en segundo lugar, Sutchok el último. La distancia que nos separaba de la orilla era más o menos un cuarto de "versta". Jermolai avanzaba resueltamente sin vacilación; se sabía de memoria los menores accidentes de este nuevo camino y de tiempo en tiempo gritaba:

—¡Por la izquierda! —o bien—: ¡Cuidado que hay un agujero! ¡Más a la derecha!

A veces el agua nos llegaba a la boca. Sutchok, el más bajo de nosotros, se hundía, con peligro de ahogarse; se debatía, tragaba agua. Jermolai le gritaba severamente.

—¡Ánimo, ánimo, adelante!

Y esforzándose, y estirándose, el pobre viejo iba ganando terreno. Debo advertir que en ningún momento la turbación le hizo olvidar las conveniencias hasta el punto de prenderse a mi chaqueta. Llegamos sanos y salvos a la orilla, empapados hasta los huesos, como puede imaginarse, cubiertos de greda, barro, hierbas; estábamos irreconocibles.

Dos horas después, en una granja, más o menos lavados, nos disponíamos a la cena, con gran apetito. El cochero, hombre de mucho reposo, obsequiaba con rapé al viejo Sutchok, que le tomaba con frenesí.

Vladimiro estaba melancólico, inclinada la cabeza. Jermolai limpiaba las escopetas. Husmeaban los perros una sopa de avena que, se cocía para ellos, y movían alegremente el rabo. En el establo, los caballos piafaban y relinchaban sintiéndonos.

## X

## EL BOSQUE Y LA ESTEPA

Tal vez haya fatigado al lector con mis relatos de cacería. Que se tranquilice ahora; he señalado el término de estas páginas. Solamente le pido autorización para añadir algunas observaciones cinegéticas.

La caza con escopeta está llena de atractivos por sí misma, "für sich", como solía decirse cuando estaba de moda la filosofía de Hegel. Si el cielo no os ha hecho cazador, no por eso dejaréis de ser amigo de la naturaleza. Por lo tanto, algo que podéis envidiar a los discípulos de San Huberto. ¿0 acaso no llegáis a comprenderme?

¿Conocéis los goces que se experimenta cuando se parte para una cacería al romper el alba de un hermoso día primaveral?

Estáis en la escalinata; el color del cielo es todavía un gris sombrío, brillan aún algunas estrellas, corre un viento suave, como una ligera onda; perduran los murmullos discretos y confusos de la noche, están los árboles envueltos en una especie de velo. En el carro se coloca la alfombrita, el tarro de té, el samovar.

Los caballos se estremecen, piafando; una pareja de gansos, apenas despiertos, atraviesan silenciosamente el camino. Detrás de una cerca, el guardián ronca tranquilamente. En la atmósfera fresca no hay un solo sonido que no se incruste nítidamente y quede como grabado.

Os instaláis en el vehículo, los caballos arrancan a un tiempo, se pasa frente a la iglesia, se baja la pendiente, luego se dobla a la derecha, junto al dique: el estanque está cubierto de neblinas blancuzcas; sentís frío, os alzáis el cuello de vuestro abrigo. Los caballos atraviesan con gran ruido los charcos de agua, mientras el cochero silba en el pescante.

Poco a poco alumbra la aurora; algunos hilos de fuego surcan el cielo, mientras la niebla se acumula contra los barrancos. Rompe el canto de la alondra, sopla un viento más liviano, el disco purpúreo del sol se eleva más sensiblemente. La luz colorea la cuesta, las colinas, penetra en el fondo de los vallados. Es un derroche de luz, una magnífica armonización de tonos deslumbrantes. El corazón se agita en el pecho como el pájaro en el ramaje; y todo parece decir alegría, bienestar, dicha. Allá lejos asoma una aldea, después la aldehuela, con su iglesia blanca, y una laguna hacia la cual os dirigís.

Rápidamente subo el sol, límpido está el cielo, la mañana será hermosa. Un rebaño sale de la aldea y viene hacia vosotros. Subís un montículo. Y desde arriba, ¡qué espectáculo! Un río corre, serpentea a lo largo de unas diez "verstas", y a través de la nebulosidad que lo cubre aún parece completamente azul.

Verdes praderas se extienden a una y otra orilla. A lo lejos, vuelan en círculo las avefrías sobre los esteros. Se oye el ruido de un carro. Es un campesino que viene al trote de sus caballos y busca un camino sombreado. Cambiáis con él un amistoso saludo. Oís el sonido metálico y chillón de la hoz. El sol sube siempre; pasa una hora, dos horas, ya el calor empieza a sofocar; las campesinas remueven con las horquillas el heno que se seca al sol. El calor es horrible. Parece caldearse el cielo, en el aire se condensan vapores tórridos.

—Amigo, ¿dónde hay algo para beber? —preguntáis a un campesino.

—Allí en el barranco, a la izquierda, hay un manantial.

Atravesáis el soto, los plantíos, y descubrís el manantial. Un ramaje de encima se tiende sobre el agua, grandes burbujas plateadas emergen desde el fondo líquido y se rompen en la superficie. Os echáis al borde, habéis aliviado la sed, y al rendiros la fatiga os quedáis inmóvil. Aquí la sombra está impregnada de olorosa frescura, la vegetación se diría que amarillea. Pero..., ¿qué ocurre? Súbitamente un golpe de viento barre los campos,

se oye sordo ruido. ¿Es un trueno? El cielo ha tomado un color plomizo. . Sí, es una tempestad que se acerca; en la lejanía brilla un relámpago. ¿No habrá tiempo todavía para cazar? La nube rápidamente se agranda, avanza sombría. La hierba y los árboles se cubren con un velo oscuro. A resguardarse pronto. ¿No habrá un cobertizo por ahí? Tratemos de hallarle y refugiarnos bajo su techo. Llegáis a tiempo. ¡Qué tormenta! ¡La lluvia, los relámpagos! El cobertizo no es muy seguro: llueve en él. Pero, en fin, la tormenta dura poco. Salís de vuestro asilo. ¡Gran Dios! ¡Cómo brilla todo alegremente alrededor vuestro! ¡Qué delicado aroma! ¡Qué bien huelen los enebros, los espinos, las fresas, los hongos!

Ahora cae la tarde. La mitad del cielo se incendia con la gran luz del crepúsculo. El aire tiene una transparencia de cristal. Allá lejos van descendiendo nubes que parecen todavía caldeadas. Con la ligera humedad nocturna, un tinte rojo sombrío se extiende sobre los follajes; las parvas de heno proyectan sobras que se van alargando. Cuando el sol se ha ocultado, una estrella alumbra tranquila sobre el océano rojizo del poniente.

Pero este mar empieza a palidecer, el cielo se oscurece de azul, las sombras confunden, es de noche y hay que volver a casa.

Salís otra vez, en vuestro coche, a cazar ortegas. Ya estáis en el bosque. Las copas de los álamos tiemblan, perezosamente se balancean las ramas de los abedules, la encina vigorosa se alza junto al tilo gigante. Seguís un camino esmaltado de flores, los pájaros gorjean. ¡Qué bien combina el canto de la curruca con el aroma de los lirios silvestres! Nos internarnos profundamente en el bosque, donde es mayor la espesura. Una paz y un extraordinario bienestar se apoderan del alma. A un repentino soplo de viento, las altas copas se remueven y producen como un ruido de cascadas. Hierbas vivaces crecen tupidas, aquí y allá, sobre el lecho de hojas muertas el año anterior. Salta una liebre, los perros corren a perseguirla con una fiesta de ladridos.

La selva es hermosa al fin del otoño, cuando llegan las becacinas. En vez de sol, hay sombra, un perfume embriagante y una niebla suspensa allá en la llanura. Se recortan los árboles sobre un cielo azul pálido, hojas doradas añaden belleza al colorido del bosque.

Y un día de otoño, con tiempo claro, cuando ha helado por la mañana y los abedules tienden ramas de oro, mientras el sol desciende, pero brilla con resplandor más vivo que en verano, un bosquecillo de álamos sin hojas, se inunda de claridad y parece gozoso de su desnudez.

En el río, la corriente azulada acaricia la ribera, trae balanceando gansos y patos y oís el ruido de un molino a lo lejos.

También los días brumosos tienen su encanto. No gustan a los cazadores, porque el animal escapa y desaparece en la indecisión de los vapores blancuzcos. Pero todo está tranquilo alrededor, ningún árbol, ninguna hoja se mueve, todo parece reposar con delicia. Una línea negra se tiende, horizontalmente, por encima de la niebla: imagináis que es el cortinaje de un bosque. No, ved: es una faja de ajenjo que crece a lo largo entre dos campos.

Vais a visitar un campo lejano de la estepa. Después de seguir una serie de caminitos llegáis a la gran vía. Pasáis por delante de las posadas, cuyos portones abiertos os dejan ver en medio del patio el brocal del pozo.

Andáis durante horas y horas... Las urracas revolotean sobre los sauces que bordean el camino. Las campesinas, armadas de largos rastrillos, atraviesan la pradera. Cubierto con un viejo manto, camina lentamente un labriego. Por el camino viene un gran coche señorial; en la parte trasera va sentado un pobre lacayo, salpicado de barro hasta las cejas.

Allá lejos hay una ciudad con sus casitas de madera, sus casas comerciales de ladrillo, el viejo puente tendido sobre el río... ¡Adelante! Comienza la estepa. En medio de la llanura, algunas lomas cultivadas parecen ondas. Barrancos tapizados de gramilla forman accidentes en el terreno. Algún campanario blanco se muestra en la lejanía. Alegremente serpentea un riachuelo; interrumpe su curso algún dique. Se ven avutardas temerosamente

inmóviles. Una vieja mansión refleja sus torrecillas en un pequeño estanque. Seguís caminando, y al fin llegáis a la estepa, la verdadera estepa, inmensa, sin límites.

En el invierno se da la caza de liebres sobre los montículos de nieve. Temperatura baja, aire glacial. Tiene el cielo un tinte verdoso que hace resaltar los árboles rojizos.

Luego, en los primeros días de la primavera, cuando la estepa renace, el sol viene a calentar los campos, a consolar a la pequeña alondra, mientras los torrentes, llenos de espuma, se precipitan de barranco en barranco, con un mugido sordo.

Es tiempo de terminar. Acabo de tocar el terna de la primavera, cuya imagen acude muy oportuna. En la primavera la separación' es menos penosa. Hasta los dichosos se sienten atraídos hacia países lejanos, donde la naturaleza sonríe a la fantasía y llama a los viajeros... Adiós, queridos lectores, sed felices siempre.